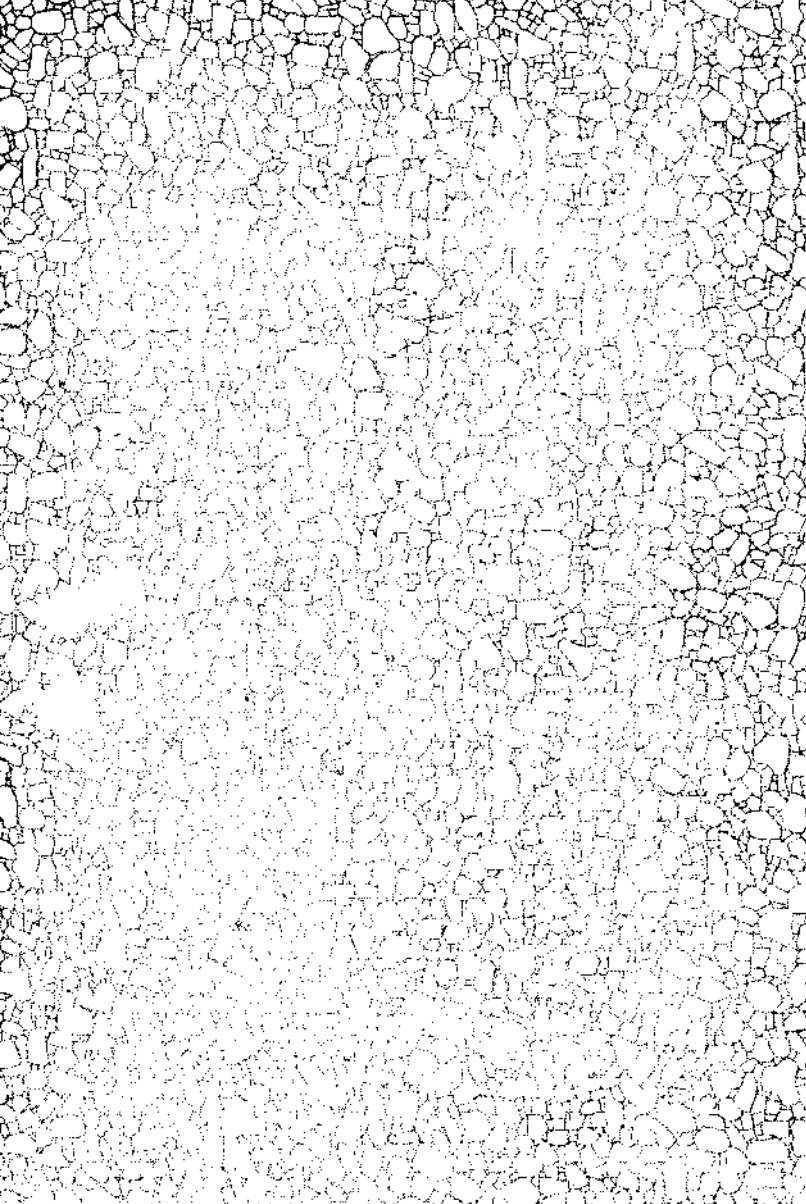


EX-LIBRIS

HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
Almería



EL LIBRO DEL AMOR Y DE LA MUERTE

:: BIBLIOTECA SOPENA ::

FRANCISCO VILLAESPESA

EL LIBRO DEL AMOR
Y DE LA MUERTE

POESIAS



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

R. 210
HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
ALMERIA

Derechos reservados.

Manón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
Ofrenda... ..	9
La Canción del regreso... ..	10
La Canción del recuerdo... ..	19
Las elegías de la casa... ..	32
Elegías campestres... ..	41
Las visiones... ..	58
Por tierras de sol y de sangre... ..	69
Saudades de Portugal... ..	84
Términos... ..	93
Oraciones... ..	101
In memoriam... ..	113
Aniversario... ..	114
El poeta recuerda... ..	119
Elegías... ..	130
El hogar vacío... ..	148
Veladas sentimentales... ..	162
Las apariciones... ..	175
La sombra de Beatriz... ..	181

VIAJE SENTIMENTAL

OFRENDA

Los que visteis salir por vuestra puerta
para siempre, en la paz del ataúd,
con los fríos despojos de una muerta
todos los sueños de la juventud ;

los que de noche, trémulos de frío,
lloráis de espanto en vuestro lecho, al ver
junto a vosotros un lugar vacío,
esperando a quien nunca ha de volver ;

los que soñasteis, y encontrasteis una
mujer que por encanto o por fortuna
encarnase los sueños del amor,

y al perderla os hallasteis sin abrigo...
¡ Venid a solas a llorar conmigo,
porque de todos es este dolor !

LA CANCION DEL REGRESO

I

Buscando a mi dolor algún alivio
quiero volver a ti, valle natal,
y aspirar otra vez tu aliento tibio
bajo la luz del sol primaveral.

En el hondo pavor de tus barrancas
ir a beber a oculto manantial,
mientras revuelos de palomas blancas
manchan lo azul del límpido cristal.

Volver a casa, cuando el sol declina
y la torre mudéjar lanza al viento
el clamor de su canto vespéral...

Y huele a rosas, y la golondrina
desata los collares de su acento
sobre el último alambre del parral!

II

Entre el clamor del vespéral concierto
llegar a casa y reposar por fin,
con el balcón de par en par abierto
a las cálidas brisas del jardín.

Y soñar, y soñar con una incierta
sombra, hasta que nos venga a despertar,
cual la mirada de una novia muerta
la misteriosa claridad lunar!...

Y abrir el corazón y los sentidos
en un ingenuo arranque de inocencia,
y las nocturnas brisas absorber;

y al escuchar perderse entre ladridos
los cascabeles de una diligencia,
soñar con un viaje que nunca hemos de hacer!

III

Y leer otra vez versos sinceros
en la paz de la vieja habitación,
a la dudosa luz de los mecheros
de un áureo y antiquísimo velón.

Ver la luna temblar en las ventanas,
mientras nuestra nodriza Encarnación,
sobre un mantel fragante de manzanas
nos prepara la antigua colación.

—Ama, ¿te acuerdas cuando yo era niño?
Y la vieja nos mira con cariño...
Y recordando nuestras almas van

cuando en sus fuertes brazos nos dormía,
soñando con Jesús y con María
y los blancos corderos de San Juan !

IV.

Un poco de reposo el alma anhela.
La luna baña la quietud del llano.
Sólo el ladrar de un perro nos consuela
con la esperanza del hogar cercano.

La gran serenidad del firmamento
en las aguas dormidas se retrata,
y lanzan las olivas, bajo el viento,
fosfóricos relámpagos de plata.

El ojo ciego de la vieja puente
tiende un arco de sombra sobre el río
que ni siquiera resbalar se siente...

¡Río que de correr nunca te cansas,
igual corre por ella el llanto mío,
con la tristeza de tus aguas mansas!

V

A veces entre el verde de la vega
fulgurán, a través de los rosales,
relámpagos de sol en los cristales
de la vetusta casa solariega.

Blanquea entre cipreses la fachada;
las ventanas me miran, y la puerta,
bajo el escudo familiar abierta,
parece que presiente mi llegada.

Una voz me detiene en el camino,
entre el frescor del agua que la arrulla,
bajo la sombra azul de la arboleda:

—¿A dónde vas, iluso peregrino?
¡La casa con que sueñas ya no es tuya!
¡Ya ni un rincón donde morir te queda!

VI

Otra vez en tu tierra, ¡perégrino!
Cada piedra un recuerdo me despierta.
Cruzaba de mi brazo aquel camino,
y la besé; al pasar, junto a esa puerta.

Tras aquellas ventanas, sonreía
al mirarme llegar. Bajo esta parra
como Dafnis a Cloe, un medio día
sorprendí entre su seno una cigarra.

Su aliento ha respirado estos aromas;
de su imagen fué espejo esta fontana;
y esas blancas parejas de palomas

que van buscando el palomar cercano,
iban, al despertar, a su ventana,
a recoger el trigo de su mano!

VII

¡ Oh morisco Andarax, donde he nacido,
sé buena madre para mi amargura ;
y al hijo que se fué y torna herido,
perdona, y todas sus heridas cura !

Entre aromas de rosas y alelíos
partí de tu ribera, una mañana,
ágil y fuerte como tus monfíes,
a conquistar la Thule más lejana.

En la quietud de tus remansos, viste
nuestros rostros unidos... Vuelvo triste,
herido el cuerpo y con el alma inerte,

sin ella ! y paz a tus riberas pido...
¡ Si es posible olvidar, dame el olvido,
y si no he de olvidar, dame la muerte !

VIII

Una flauta suspira en la distancia...
Joven pastor que tañes, yo daría
las rosas y el laurel de mi poesía
por la felicidad de tu ignorancia.

No tienes más amor que tu ganado
y la cabaña y el mastín, e ignoras
esas tristezas que en la flauta lloras
y que contigo hacen llorar al prado.

Mientras lento el rebaño va paciando,
al pie de ese nogal sigue tañendo,
que de tu flauta la melancolía

los ecos tristes del pinar despierta,
como los ayes de la pena mía
cuando suspiro por la amada muerta!

IX

Ascender por las ásperas pendientes,
restos de milenarios cataclismos,
sintiendo el rebotar de los torrentes
y la fascinación de los abismos!...

Algún cordero extraviado bala,
sin atreverse a andar, por la vereda
donde si torpe nuestro pie resbala
ni polvo, acaso, de nosotros queda!...

Una charla negrea en un espino...
Se oyen ladrar los perros del molino
que, rasgando las nieblas matutinas,

se refleja en el fondo de un barranco...
Yo, ante la Muerte, pienso en las divinas
pupilas negras de su rostro blanco!

LA CANCIÓN DEL RECUERDO

I

Igual que en un sepulcro me he encerrado
en tu eterno recuerdo, y en él vivo,
la frente entre las manos, pensativo,
evocando las glorias del pasado.

¿Será posible que un amor tan fuerte
se haya para mi amor desvanecido?
El amor es más fuerte que la Muerte
y la Muerte más fuerte que el Olvido!

Largas horas de espera... Eternidades
que llenan de ansiedad mis soledades...
Sólo y soñando con tu amor me tienes;

sólo y soñando con tu vuelta muero...
Si nunca has de venir, ¿por qué te espero?
y si te espero aún, ¿por qué no vienes?

II

El alba iluminó la vidriera,
y a su luz angustiosa y azulada,
yerto, sobre el blancor de la almohada,
se destacaba su perfil de cera.

Abrió los ojos, y la vida entera
palpitó en la inquietud de su mirada,
y en mis manos su frágil mano helada
temblaba como un ave prisionera!...

Balbuceó su voz:—; Te adoro tanto!...
; Pídele al cielo que mañana viva!—
Y mis venas heláronse de espanto

al contemplar sobre su faz inerte,
como el vuelo de un ave fugitiva,
aletear las sombras de la Muerte!

III

Y su voz se esparció, como un aroma
de eternidad:—Cuando mañana muera,
córtame de raíz la cabellera...
¡no quiero que la tierra se la coma!

Y como último dón de mis cuidados,
para que cuide de tu pobre vida,
colócala en la mano bendecida
de la Virgen de los Desamparados!...

¡Yo no quiero morir, Señor, no quiero!
¿Qué va a ser de mi amor si yo me muero?—
Clamó de pronto pálida y sombría,

y se abrazó a mi cuello sollozando...
¡y en su trémulo acento se sentía
que hasta la voz estaba agonizando!

IV.

Ante la Virgen que adorabas tanto,
rezaba con tan ciega idolatría
que entre mis labios la oración moría
estrangulada por mi propio llanto.

La imagen, impasible a mi quebranto,
con sus labios pintados sonreía
a un Niño que en los brazos sostenía,
medio oculto en los pliegues de su manto.

—Mi vida en cambio de la suya!—dije.
Ciego de pena y de terror, maldije;
y al salir de la brusca pesadilla,

vi en la faz de la imagen, con espanto,
algunas gotas trémulas de llanto
rodar sobre el carmín de su mejilla!

V

La gente de la casa sollozaba
detrás de la empañada vidriera,
y un acre olor a derretida cera
en el fúnebre ambiente se aspiraba.

El carpintero, impávido, clavaba
aquella negra caja de madera,
y cada golpe del martillo era
puñal que el corazón me traspasaba!

—¡ Señor, Señor! ¿ Por qué me la has quitado?—
al pie de un Crucifijo, arrodillado
y dando suelta a mi dolor, clamaba...

Y hasta el Cristo impasible, parecía
que mi futura soledad sentía
y de dolor sobre la cruz lloraba!

VI

—¿Eres tú el Justo que a los justos premia?—
clamó mi labio, y de dolor maldijo,
y ante la sorda voz de mi blasfemia
palideció la faz del Crucifijo.

Cegó mis ojos un raudal de llanto...
Quise luchar aún contra la suerte,
y sentí entre mis brazos, con espanto,
crujir el esqueleto de la Muerte!

—¡Nadie la toque!—dije. Y abrazado,
como un loco, a su cuerpo inanimado,
intenté con mis besos darle vida!

¡Despierta—le grité—, mi amor, despierta!...
Y era mi voz tan honda y dolorida
que vi llorar los ojos de la muerta!

VII

Al cortar sus cabellos, agitados
por el rudo estertor de la agonía,
por el amor mis ojos engañados
aún creyeron notar que sonreía.

Sobre su corazón puse el oído,
y juro que sentí, cual si quisiera,
de mi inmenso dolor compadecido,
palpitar otra vez, y no pudiera!

Cuando pasó aquel vértigo de espanto
en el lecho me hallé... Surcaba el llanto
en copioso raudal mi rostro inerte..

Contra el pecho apretaba sus cabellos,
temiendo que la mano de la Muerte
también quisiera apoderarse de ellos!

VIII

Yo te he deshecho, ¡ oh muerta cabellera,
para que recatases, destrenzada,
el pudor de una virgen desposada
que desnuda se vió por vez primera !

La ágil caricia de tus sedas era
como una primavera perfumada...
Serviste a mis ensueños de almohada,
y serás mi sudario cuando muera !

Sueltos tus rizos en el aire ondean ;
mis manos con amor por ellos vagan
temblorosas de afán, llenas de miedos,

pues teme mi ilusión que acaso sean
telarañas de sol, y se deshagan
al menor movimiento de mis dedos !

IX

Aquí el sillón donde bordar solía
de las noches de invierno en la velada...
La frente entre las manos apoyada,
yo, a la luz de la lámpara, leía.

Cansado la lectura interrumpía,
y, sonriendo, alzaba la mirada....
Ella, a veces, mirándome extasiada
—la aguja entre los dedos—sonreía.

Ahora también parece que la espera
el vacío sillón, allá en la sombra.
La lectura interrumpo... El alma entera

palpita de avidez en mis oídos,
esperando sentir sobre la alfombra
el ligero rumor de sus vestidos!

X

En la penumbra se destaca el lecho
donde la luz solar le sorprendía
apoyada la sien sobre mi pecho
y dormida su mano entre la mía.

Brillan las trenzas largas y castañas...
Vela sus formas el ropaje blanco...
Duermen los ojos bajo sus pestañas,
y descansa su mano sobre el flanco...

«—Duerme y sueña conmigo... No está muerta...
Ya la alondra cantó... ¡ Mi amor, despierta!...
¡ Alza tu frente sobre la almohada!—»

Ahoga el silencio el ansia de mi ruego...
Y palpo entre las sombras, como un ciego
que abre los ojos y no mira nada!

XI

Visión que crūzas por mis sueños, dime:
¿qué profundas tristezas te devoran?
¿Por qué tus ojos, si me miran, lloran?
¿por qué tu labio, si me nombra, gime?

Sólo tus manos pálidas e inciertas
las antiguas ternuras conservaron,
y cual vivas, ayer, me acariciaron,
vienen ahora a acariciarme muertas!

Descorren las cortinas de mi lecho;
penetran, sin dolor, hasta mi pecho,
a acariciar mi corazón herido...

Su caricia es tan tímida y suave,
cual si viniesen a curar un ave
que herida llega a desangrarse al nido.

XII

¿Qué encanto tiene esa lejana estrella,
qué mágico poder en ella existe,
cuando tan pronto de mi amor partiste
sin dejar el recuerdo de una huella?

La vieja casa, tan alegre y bella,
desde que tú con su alegría huiste,
está tan muda, desolada y triste,
que da espanto y terror entrar en ella.

¿Por qué, por qué nos has abandonado?...
El fuego del hogar está apagado;
las ventanas cerradas, y si alguna

mano las abre, hasta la luz parece
que, llorando el rigor de mi fortuna,
al entrar en la casa se entristece!

XIII

Todas las noches a la cita vienes
no sé de dónde, lívido el semblante,
los cabellos pegados a las sienes,
cual los cabellos de un agonizante.

Descorres las cortinas, y te paras
en el dintel, inmóvil, silenciosa,
llena de tierra, como si acabaras
de alzarle de las piedras de tu fosa.

Ni a respirar ante tu faz me atrevo,
y en tan profundos éxtasis me sumo
que ni siquiera las pestañas muevo...

Mi ilusión se conforma con mirarte,
temiendo que cual ráfaga de humo
pudiera con mi aliento disiparte!

LAS ELEGIAS DE LA CASA

I

¡ Oh, vieja estancia familiar tan triste,
recordando tal vez en tu interior
aquel pálido rostro que ayer viste
entre mis brazos expirar de amor !

Espejo donde ella en la mañana
se peinaba, temblando de emoción,
escuchando la voz de la campana
llamar a misa con alegre son !...

Siempre que el campanario toca a misa
¿ no sueñas con su mística sonrisa ?
¿ No cruces de dolor, al recordar

el rostro blanco, bajo la mantilla
negra, la fugitiva maravilla
que nunca volverás a reflejar ?

II

Horas de soledad! Por la ventana
sube el aliento del jardín... Suspira
una copla tristísima y lejana...
Su faz la luna en los espejos mira.

Hasta el ramo de rosas, que en la mesa,
en vieja porcelana desfallece,
al soplo de la brisa que le besa
querer hablarme de su amor parece.

Mis ojos no la ven, pero la siento
vagar en torno mío, en el aliento
que sube del jardín por la ventana;

y me parece ver en el espejo
la lunar claridad, como el reflejo
de alguna sombra de su sombra hermana!

III

Siento un leve rumor sobre la alfombra
que acarició su pie, y en el sofá
donde soñó conmigo, ahora su sombra
para ver mi dolor sentada está.

Y mientras todos duermen en la casa
y sólo el tiempo late en el reló,
ella la historia de mi amor repasa,
y llorando a sus pies la escucho yo...

—¿No te acuerdas?—suspira a mi deseo...
Y abro los ojos, pero no la veo...
Vibra una campana en el reló...

Y estremecen la paz de la calleja
los ecos tristes de una copla vieja
llorando alguna novia que murió!

IV

Me apoyo en el alféizar, sollozante,
llorando con la copla que se aleja,
y me parece ver su sombra errante
perdersé, con la luna, en la calleja.

Y el rumor de la fuente me estremece...
Alguien la luz de mi velón apaga,
y hasta el aliento del jardín parece
su aliento, que de nuevo me embriaga.

—¿ En dónde estás, en dónde?—digo al viento.
—¡ Aquí!—responde, con su mismo acento
mi labio, tembloroso de emoción...

¡ Y un espanto de muerte me sofoca
al sentir que su voz sube a mi boca
del fondo de mi propio corazón!

V

En la quietud de la calleja oscura,
bajo un cielo de esmalte azul y plata,
se perdió la doliente serenata
perfumando la noche de amargura.

En el silencio nocturnal había
un lírico y fugaz deshojamiento:
ecos de coplas deshojaba el viento
como frágiles rosas de armonía.

Se estremeció el florido jazminero
de su reja, al oír en la desierta
calleja los sollozos de un cantar...

¡ Viejo cantar de aquel sepulturero
que al destapar el rostro de una muerta
tiró la azada y comenzó a llorar !

VI

¡ Oh muda obscuridad de mi aposento,
único amor del alma desolada,
porque en tu negra soledad presiento
las sombras y el silencio de la Nada !

Como ella en el sepulcro, inmóvil, yerto,
ya ni latir el corazón percibo...
Mi espíritu, mi carne, todo ha muerto...
¡ Sólo el recuerdo permanece vivo !

¿ Acaba, di, bajo la tierra fría
del alma prisionera la agonía,
y el cuerpo herido deja de sufrir... ?

¿ Será como la sombra en que me pierdo
nuestra muerte?... ¡ Vivir para el recuerdo,
y para todo lo demás morir !

VII

Al despertar sobre este mismo lecho,
donde con la flotante cabellera
cubrió la blanca castidad del pecho,
cuando desnuda, por la vez primera,

se halló, por mi mirada sorprendida,
siento los ojos húmedos de llanto,
cual si todo el encanto de la vida
se hubiese disipado con su encanto.

¿Quién calmará la fiebre que me abrasa
los labios al nombrarla?... Todo duerme
en la paz silenciosa de la casa,

La luz del alba resplandece apenas,
cual si temiera penetrar, y verme
llorando siempre por las mismas penas!

VIII

¡ Todo se halla lo mismo! La almohada
donde inclinó la moribunda frente,
allá, en el fondo de la alcoba, siente
nostalgias de cabellos de otra amada.

La luna polvorienta y empañada
que reflejó su palidez doliente,
mañana ha de copiar, indiferente,
de alguna nueva amante la llegada.

¡ Nadie se acuerda de la pobre muerta!
Sólo cuando la luz solar expira
y el viento agita la ventana abierta,

se estremecen las teclas, y el piano
parece que, nostálgico, suspira
buscando las caricias de su mano.

IX

La hora nocturna tu perfume siente.
Me hablan los astros de tus ojos bellos,
y aún me parece que calladamente
tus dedos acarician mis cabellos.

Apagando en la alfombra tus pisadas
llegas, Arcángel de mi Guarda, al lecho,
y separas mis manos enlazadas
sobre la angustia que me oprime el pecho.

Y siempre miro con melancolía,
cómo tu imagen va borrando el día
alboreante en el balcón abierto!...

En un frescor de azul te has extinguido,
y aun suspira tu voz:—Todo ha concluído...
¡Tú eres para el amor igual que un muerto!—

ELEGIAS CAMPESTRÉS

I

Mano que me ofreció la Eucaristía
de un santo amor, fragante mano que era
como la mano de la Primavera:
todo cuanto tocaba florecía...

Sueña con tu calor mi helada mano,
la tórtola te arrulla en los viñedos,
y aún conservan las huellas de tus dedos
las teclas polvorosas del piano.

La paloma que tanto acariciaste,
desde que sola y triste la dejaste
saudosa de tus sedas se moría...

—¡ Ve a buscarla—le dije... Tendió el vuelo...
¡ Y la paloma se perdió en el cielo,
cual la paloma de la Eucaristía!

II

Penetro en el jardín abandonado,
y sobre el banco aquel viejo y musgoso
donde ella tantas veces a mi lado
se sentó, busco un poco de reposo.

Me envuelve una fragancia de jazmines,
y me entristece el agua de la fuente,
como si el corazón de los jardines
llorase en ella a nuestra amada ausente.

En esta misma hora, a sorprenderme
venía por la senda silenciosa,
y entre las rosas se asomaba a verme...

Y su sonrisa cariñosa y franca
era en su faz, como pequeña rosa
de fuego en medio de otra rosa blanca!

III

Aquí fuimos felices! Aquí he oído
la voz de Dios que por su voz me hablaba,
en el silencio del jardín florido,
mientras el claro cielo se estrellaba.

Aquí fuimos felices... Este banco
sintió temblar sus brazos a mi cuello,
y al palor de la luna era más blanco
su rostro, entre el negror de su cabello!

Colmada está la copa de mi pena,
y se va a desbordar, en la gran calma
azul y plata de la luna llena...

Algo le dice al corazón que espere,
y en el hondo silencio escucha el alma
la eterna voz de lo que nunca muere!

IV.

El palpitar sonoro de la fuente
—corazón del jardín—me estremecía
recordando la mano de la ausente
que a refrescarse en su cristal venía.

Los peces están tristes. No fascina
el purpúreo fulgor de sus escamas,
ni entre el verdor algal de la piscina
libran batallas de movibles llamas.

Fueron perdiendo su color... En vano
sueñan con las migajas de su mano...
Esta tarde hallé dos, flotando yertos

sobre el verdín del agua sosegada,
y en los cristales de sus ojos muertos
vi su divina imagen reflejada!

V

Al vetusto molino sombra presta
vieja vid de racimos de amatista.
Entre el vivo verdor de la floresta
su blancura de cal ciega la vista.

Cuando el calor abrasa la garganta
del segador, curvado en los trigales,
y se asfixia la voz, y sólo canta
—bajo el sol—la cigarra en los parrales,

buscando su frescor llego al molino,
y sentado a la sombra de su puerta
me pongo a contemplar aquel camino

cubierto de floridas zarzamoras,
donde una tarde nuestra novia muerta
se hirió los dedos al coger las moras!

VI

El blanco polvoriento del camino
bajo el espeso robledal se pierde,
buscando la blancura del molino
medio velada entre el ramaje verde.

Desnudo el brazo lava en la fresca
de los cubos, la rubia molinera,
mientras con ritmos de cristal murmura
una fresca canción de Primavera.

Al sentirme pasar se queda muda.
Con unas *buenas tardes* me saluda,
en una voz que apenas si se siente,

mientras alguna lágrima callada
resbala por su faz enharinada
y se va, con la espuma, en la corriente !

VII

Entre rúmor de besos y de risas
 van las doncellas a lavarse al río,
 bajo la luna de San Juan... Las brisas
 dan ensueños de aromas al vacío

hogar sin risas, donde vivo muero,
 intentando anudar los rotos lazos,
 y tendidos los brazos, aún espero
 a la que nunca volverá a mis brazos !

Doncellas que a lavaros vais al río,
 ¡tened piedad de mi dolor sombrío,
 y callad, al pasar bajo mis rejas !...

No aumente mi penar vüestra alegría...
 No hay miel en el panal de mi poesía...
 ¡Se murieron en ella mis abejas !

VIII

En el Oriente ya reina la noche !
Suben cohetes con sonoros vuelos,
y cual flores de luz abren su broche
en el azul profundo de los cielos.

Hay en el aire estruendos de campanas...
Lanza una banda su vibrante son,
y se iluminan todas las ventanas
al paso de la santa Procesión...

Llaman roncas las voces femeninas
a la Virgen que pasa bajo flores...
Sólo sin luces vése mi balcón ;

y en sus hierros dos negras golondrinas
se dicen, gorjeando, sus amores...
¡Y se muere de envidia el corazón !

IX

Un alegre rumor de romería
 invade el Adro de la Ermita... Llena
 la tarde el campanario de alegría...
 Huele el aire a albahaca y a verbena.

Va a entrar la Procesión !... Solo, perdido
 entre gentes de bien, alborazadas,
 miro subir—bajo un palio florido—
 la Virgen en sus andas plateadas.

Hay ojos negros húmedos de llanto !
 Tiemblan luces de cirio ; las casullas
 lanzan vivos relámpagos de oro...

Yo pienso en un lejano camposanto ;
 siento saudades de caricias suyas ;
 doblo la frente, me arrodillo y lloro !

X

La matraca en lo alto de la torre,
con su redoble de tambor, golpea,
mientras la lenta Procesión recorre
las soleadas calles de la aldea.

Va delante, la túnica morada
y el madero en el hombro, el Nazareno,
y le sigue su Madre, acongojada,
por siete espadas traspasado el seno.

Silente Procesión del Jueves Santo!...
Sólo un rumor de pasos... De repente
como una oculta pena rota en llanto,

solloza una saeta fugitiva...
Solo, camino en medio de la gente,
soñando siempre con mi muerte viva!

XI

Todos se fueron a la Nochebuena
entre rumor de alegres villancicos.
Solo quedé en la casa con mi pena...
La luna daba a los nevados picos

traslucidades de cristal. Había
paz en los campos y la aldea lejana
parecía dormir. Sólo se oía
el constante clamor de la campana.

Cerré las puertas del balcón. Temblando
al fuego me acerqué, y con los ojos
clavados en las áscuas, fui evocando

recuerdos de otras horas más tranquilas,
creyendo ver en los carbones rojos
crepitar el ardor de sus pupilas!

XII

Quiero morir besando tu recuerdo,
aunque él me mate al enconar mi herida...
¡ Si en tu memoria al expirar me pierdo,
será tan bello abandonar la vida !

Eres un culto ! En mi vagar incierto
dentro del corazón vas escondida...
¡ Qué importa que tu cuerpo duerma muerto,
si tu alma en mi alma es toda vida !

Te has metido en mis venas, y te siento
palpitar con mi sangre, de tal modo
que sólo vivo a expensas de tu aliento...

Tú fuiste para mí, luz y alegría,
¡ y ahora para mi amor aún lo eres todo,
porque mi amor te dió cuanto tenía !

XIII

Entre las pompas del jardín florido
se destacaba su perfil escuálido,
la gris austeridad de su vestido
y la tristeza de su rostro pálido...

Con sus ojos de tísica, y su eterno
gesto de mártir que el suplicio espera,
pasaba por aquella Primavera
como un presentimiento del Invierno.

Las rosas, de repente, se secaron ;
los ruiseñores del jardín callaron...
Temblor de cuerpo que a la muerte cede

entre mis brazos la agitó... Y había
aún en su rostro la melancolía
del que va a sonreír y ya no puede !

XIV

En la serenidad de esta tristeza
que ni consuelo ni piedad concibe,
a veces una voz musita:—Reza...
El cuerpo ha muerto pero el alma vive!—

Y yo escucho la voz, y sigo triste
recordando este amor hasta que muera...
¡ Otro consuelo a mi dolor no existe,
ni otro quiero tampoco aunque existiera !

Recordarla, de nuevo recordarla,
que recordarla es otra vez amarla,
con un amor tan hondo, puro y fuerte

como el alma sentir nunca podrá...
—más grande que la vida y que la muerte—
¡ con un amor sin esperanza ya !

XV

Al mirarme pasar tan solo y triste
a estas gentes inspiro compasión...
¡Aún la piedad en esta tierra existe
y aún tienen estos pobres corazón!

Estas viejas criadas que me adoran
—¡Valor!—tan sólo saben pronunciar,
y casi todas, al hablarme, lloran,
sólo porque me ven a mí llorar!

Hasta el viejo lebrel entra callado.
Sobre sus finas patas apoyado
se pone mi faz pálida a mirar,

con tan fija ansiedad, que me parece
que el iris de sus ojos se humedece
cual si quisiera mi dolor llorar!

XVI

La lámpara parece que está triste.
El mismo fuego que ahuyentó tu frío
calienta a todos cuantos tú quisiste...
Tan sólo tu sillón está vacío!

La niña viste su muñeca. Siente
el mismo afán materno que sentías
cuando en tu falda, a ella, sonriente,
con tus frágiles manos la vestías.

Nos hace sonreír tanta ternura...
—¡ Si su madre la viese! —alguien murmura...
Un sollozo de llanto nos sofoca...

Y la niña contempla con espanto
nuestras pupilas húmedas de llanto
mientras tiemblan las risas en su boca!

XVII

¡ Campanero, del pueblo, campanero,
no me despiertes más, tocando a misa !
¡ Deja que duerma, que durmiendo espero,
seguir soñando con mi pobre Elisa !

A mi lado, tan cerca la veía,
antes que tu tocar me despertara,
que en mis mejillas resbalar sentía
el tibio terciopelo de su cara !

¡ Campanero del pueblo, campanero !
Despierto, y solo, de terror me muero
en esta habitación que oyó su risa...

¡ Sólo en sueños la ve mi vida enferma !...
¡ No me despiertes más, deja que duerma
soñando para siempre con mi Elisa !

LAS VISIONES

I

En la alta torre del dolor cautivo
amarrado al recuerdo con cadenas,
como la sombra de Ugolino, vivo
devorando a los hijos de mis penas.

¡ Si tu mano descorre los cerrojos
y a mi negra prisión llegas a verme,
al mirarme en el fondo de tus ojos
ni yo mismo podré reconocerme !

A veces por mis sueños áurea avanza
la fugaz ilusión de la esperanza,
mas siempre melancólico despierto,

y me hallo, solo, en mi prisión cautivo,
muerto para la vida, y sólo vivo
para sentirme cada vez más muerto !

II

En las horas de sentimentalismo,
cuando las manos torpes buscan algo
que acariciar, como un minero salgo
del hondo subterráneo de mí mismo.

Ciega la luz mi vista dolorida
de indagar los secretos de la sombra,
y hasta la voz amiga que me nombra
me parece una voz desconocida!

Tras los turbios cristales de mi llanto
perdió la vida su celeste encanto...
Todo cuanto me cerca me da enojos,

pues para mí, la dicha y la belleza,
no estaban en tu amor, Naturaleza,
sino en el fondo de sus negros ojos!

III

Pasó por mis ensueños como pasa
por un labio de enferma una sonrisa...
Dejó un rumor de sedas en la casa
y un perfume de rosas en la brisa!

Llegó a mi cruz y de mi herida frente
fué arrancando, una a una, las espinas,
y se perdió en el cielo suavemente
como aquellas divinas golondrinas!

En mí mismo la busco con empeño,
soñando en nuestra casa abandonada...
¿Fué realidad o todo ha sido un sueño?

pregunto, suspirando, al despertar...
Y hace tres años que pregunto... Y nada...
¡Ninguno me ha sabido contestar!

IV

El índice en el labio, tan ligerā
 como en un sueño, de mi hogar se fué,
 sin voz diciendo a mi inquietud:—«Espera...
 No me llares que pronto volveré!»—

Y hace tres años que la espero en vano!
 Tengo los ojos ciegos de llorar...
 La piedad infinita de su mano
 no ha vuelto mi mejilla a acariciar!

Al más tenue rumor, al leve ruido
 de un viejo cortinaje estremecido,
 mi corazón se para de repente...:

Sueño que entrar de nuevo la veré,
 el índice en el labio sonriente,
 silenciosa, lo mismo que se fué!

V

Al sentirme tan solo en el seguro
refugio de mi alcoba, sin asombro
miro pasar, con la guadaña al hombro,
la sombra de la muerte sobre el muro.

Santos recuerdos de la amada ausente
pueblan las soledades de mi casa !
No la miran los ojos cuando pasa,
pero mi triste corazón la siente !...

Y al borrarse el recuerdo, todo cesa...
No late el corazón ; la sombra pasa...
Celeste luz que en mi interior percibo,

vago perfume que en el alma advierto,
; queréis quizás resucitar un muerto,
porque yo no soy más que un muerto vivo !

VI

Alguien le dijo al corazón:---; Despierta!
En el viejo reló tiembla la hora,
y ya cansada de esperarte llora
la blanca sombra de la amada muerta.

A tu oído, su voz débil e incierta
que abras los ojos al recuerdo implora,
antes que su primer llanto la aurora
sobre la tierra adormecida vierta!

Aún te espera su amor!... ; La blanca mano
que alisó tu revuelta cabellera
te brinda aromas de un abril lejano...

; Abre los ojos a ese amor risueño!—
; Oh, Sol! maldito sol de Primavera,
¿por qué disipas tan divino ensueño?

VII

Sobre un mar de recuerdos se levanta.
Entre las claridades de la veste
surge su rostro, como el de una santa,
nimbado de una luz ultra-celeste.

Silenciosa se acerca hasta mi lecho,
clavando en mis insomnios sus miradas,
y con la mano me señala el pecho
atravesado por las siete espadas.

No sé lo que me dice... Se diría
que es Dios el que me habla... Y cuando el día
mi realidad despierta, me apercibo

que está húmeda de llanto la almohada...
¿Fuí yo llorando por la muerta amada
o ella llorando por su amado vivo?

VIII

Algo le dije al corazón... «—Espera!
La que en tus brazos sucumbió de amores
volverá a sonreírte, entre las flores
de una lejana y dulce primavera.

Bajo la luz de otra remota esfera,
de un sol desconocido a los fulgores,
disiparán de nuevo tus dolores
los besos de tu amante compañera!... »—

La volveré a encontrar en otra vida,
y cruzaremos en las noches bellas
unidos de la mano, la avenida

poblada de jazmines y de rosas,
viendo relampaguear a las estrellas
a través de las ramas rumorosas!

IX

—¡ Va a llegar!—insistente lo asegura
 el eco de un misterio a mis oídos ;
 y—¡ Va a llegar!—mi corazón murmura,
 suspendiendo de gozo mis latidos.

Abro los ojos, pero nada veo ;
 en las tinieblas ni un rumor percibo...
 ¡ Siglos de espectación y de deseo
 en este instante de silencio vivo !

Descorre las cortinas de la sombra
 una mano de luz... Alguien me nombra...
 Claridades su túnica destella...

Aire de eternidad mi aliento aspira,
 y sonriendo, tímida, me mira
 con los ojos profundos de Ligeia !

X

En todos los crepúsculos te veo
arder entre lo verde de las ramas,
como una roja imagen del deseo
envuelta en una túnica de llamas.

Te da el alba su rósea vestidura ;
y en los mares fragantes y sonoros
el meridiano vela tu figura
con la imperial fulgencia de sus oros.

Y en las noches serenas, sostenida
entre coros de vírgenes y santas,
en el cielo apareces como una

Purísima, de azul toda vestida,
coronada de estrellas, y a tus plantas,
refulgente de luz, la media luna !

XI

La vida para mí perdió su encanto.
Fué un eterno Calvario mi jornada,
y es que mis ojos han llorado tanto
que ya no puede interesarles nada!

Retorno a mis oscuras soledades.
Bajo el claro fulgor de las estrellas
crucé con mi inquietud tantas ciudades
que no conservo ni memoria de ellas!

A todo afecto humano indiferente
camino a solas entre tanta gente,
y en el arcano porvenir me pierdo...

¿A qué luchar cuando el amor no existe?
¡Ya que morir con ella no supiste,
anda a enterrarte vivo en su recuerdo!

POR TIERRAS DE SOL Y DE SANGRE

I

Buscando en la inquietud de los viajes
consuelo a este dolor que me domina,
crucé ciudades y admiré paisajes
en un vuelo fugaz de golondrina.

Y sus ojos oscuros y febriles
siempre a mi lado, contemplaron fieles
mis nostalgias en los ferrocarriles
y mis noches de insomnios en los hoteles.

Siempre en mis ojos con amor clavados,
me hablaban de otros mundos ignorados,
dando a las cosas su melancolía...

La tierra fué como una tumba abierta
y ¡cómo no! si el alma la veía
a través de los ojos de una muerta!

II

En férreas contracciones de serpiente
ondula el tren por la campiña verde ;
cruza en nervioso trepidar un puente,
y en la sombra de un gran túnel se pierde.

Surge a la gloria de la luz dorada
de la tarde, silbando, entre el ramaje,
y de nuevo se alegra la mirada
con la fresca belleza del paisaje.

En un bosque fragante de naranja
chispean los cristales de una granja
cuyo blancor refléjase en la ría...

Se pierde nuestro sueño en la floresta...
—Ella, y una casita como ésta....
¡ Bien poco era, Señor, lo que pedía !

III

Frescura matutina del paisaje...
Verdoses temblorosos del rocío...
A veces bajo el túnel del ramaje
brilla al sol la serpiente azul del río...

Hay olor de vendimia en los parrales.
Un silencio de paz duerme en la aldea...
Sólo algún perro ladra en los umbrales
del viejo hogar madrugador que humea.

En la azul palidez de la mañana,
cerrada para siempre la ventana
de las nocturnas citas... ¡Con sus hojas

dose! la enredadera le tejía,
y su pálido rostro sonreía
entre un temblor de campanillas rojas!

IV

LAUJAR.

Mientras la fuente su canción moruna
desgrana, y el azul su luz destella
sobre el jardín, un rayo de la luna
la sombra dibujó de Aben-Humeya.

Entre el astral fulgor de la armadura
flotaban sobre su perfil estoico
harapos de la regia vestidura
como jirones de su sueño heroico.

—¡ Héroe !—le dije—. Nuestro afán fué vano !
Vino la muerte, cuando ya tendida
a coger el laurel iba la mano !...

Igual estrella nos brindó la suerte,
pues si un amor te arrebató la vida
también a mí otro amor me da la muerte !

V

El alba ciñe las primeras rosas
sobre el espejo de la mar bruñido,
y agranda las pupilas ojerosas
la expectación de lo desconocido.

El Sol disipa el matinal celaje,
y los brazos se tienden doloridos
ansiosos de acabar nuestro viaje
entre otros brazos al amor tendidos.

¡Zarpemos otra vez! En la borrosa
tarde, se esfuma hasta el lejano monte...
La playa se va a hundir... Ahora ¡quién sabe

en qué isla desierta y fabulosa,
sus ojos sondearán el horizonte
esperando el arribo de mi nave!

VI

'ALMERÍA

En el espejo de tu mar tranquila
la mole secular de la Alcazaba,
como en el fondo azul de una pupila
su morisca silueta recortaba.

En el áureo fluir del Mediodía,
reclinada en mi seno su cabeza,
hinchaba el pecho y la pupila abría
para aspirar tu cálida belleza.

Y había besos y cánticos y risas
en su boca, en mi boca y en tus brisas...
Pasó el ensueño de la Juventud...

Y, enlutado y sin fe, surco tus olas
en negra barca, con mi pena a solas,
igual que un muerto sobre un ataúd!

VII

GRANADA

Bajo el sopor canicular se enerva
la calle tortuosa de misterio,
donde amarilla y flácida la hierba
crece como en un viejo cementerio.

El sol ciega... Las puertas entornadas
esperan algo que vendrá seguro,
ahogando en el silencio sus pisadas
y arrastrando su sombra sobre el muro.

La obscuridad de pobres interiores
acuchillan de luz los resplandores
de familiares cobres, y en el fondo

la vaga y verde claridad del huerto...
Reina un silencio tan pesado y hondo
como si todo se encontrase muerto!

VIII

EL ALBAICÍN

Con pereza oriental en la colina
dormita ebrio de sol, el Albaicín.
Torcida higuera su ramaje inclina
entre rojos tapiales de un jardín.

Una acritud de fruta ya madura
y podrida, trasciende del vergel,
mientras el fuego de la calentura
va escupiendo las venas en la piel.

El arco de una arábiga cisterna
nos brinda el eco de su agua interna
que nunca doró el sol, y la frescura

de su sombra antiquísima... Y advierte
la carne en su pesada calentura
la fiebre de la Vida y de la Muerte!

IX

GENERALIFE

En las aristas de las altas cumbres
 la última brasa de la tarde humea.
 Un silencio de paz duerme en la aldea
 que eleva entre los huertos sus techumbres.

Y al corazón aquieta una saudade
 de beatitud, mientras la sombra obscura
 con su mudo oleaje de pavura
 la soledad de mi aposento invade.

Entre un fresco perfume de jazmines,
 —surtidor de cristal— se eleva una
 voz, que es como la voz de los jardines,

donde la luna su fulgor destella...
 ¡ Y el ruiseñor, y el rayo de la luna,
 me hicieron sollozar, pensando en Ella !

X

CÓRDOBA

En el sopor canicular dormita
el alma con sus épicas quimeras,
bajo los arcos de la gran Mezquita,
como en un viejo bosque de palmeras.

De pronto el fasto antiguo resucita
con pompas de orientales primaveras...
Resplandecen los muros y palpita
el aire en un desfile de banderas.

Fulge bajo las níveas vestiduras
el oro de las finas armaduras...
Abro los ojos, pálido, y contemplo

la faz de un viejo Cristo ensangrentado
—símbolo de mi vida—abandonado
en la medrosa obscuridad del templo!

XI

Abajo la ciudad dormida queda...
Sobre el silencio de las calles solas
flota, cual plateada polvareda,
le neblinosa luz de sus farolas.

Sólo de vez en cuando la armonía
de la nocturna beatitud profana,
el alerta lejano del vigía
o el sonoro temblor de la campana.

—¿Adónde vamos, alma?—Allá en la tumbra
desmesurada cual tu propio anheló
encontrarás la misma incertidumbre...

Es la hora santa de soñar... Detente!...
Las estrellas te miran desde el Cielo
con las mismas miradas de la Ausente!...

XII

MULEY-HACEM

Hice de tanto orgullo una armadura,
y calada hasta el fondo la visera,
crucé la tierra infatigable y dura,
para que nadie sollozar me viera.

Entre la plebe de mi gloria esclava
pasó triunfal mi juventud altiva,
mientras sangrando el corazón, llevaba
todo el cuerpo y el alma en carne viva.

En el altar de su recuerdo inmolo
las armas que me hicieron invencible;
y siento la orgullosa pesadumbre

y el soberbio dolor de quedar solo
con un sueño de amores imposible
sobre el silencio helado de la cumbre!

XIII

TOLEDO

Vieja ciudad de hierro, por tu cielo
de refulgentes brillos de metal,
aun proyecta la sombra de su vuelo
el águila bicéfala, imperial.

En tu fragua se forjan los aceros
que esperan, rojos de inmortal ardor,
las manos de los bárbaros guerreros
que ungirán al futuro Emperador.

Algún oído escuchará la fuerte
palabra, vencedora de la Muerte,
que late en tu silencio sepulcral...

Un sol de gloria fulgirá en el cielo,
y el águila imperial detendrá el vuelo
sobre la aguja de tu Catedral!

XIV

BURGOS

Turbando el eco de tu vieja plaza
con el estruendo del clarín sonoro,
tú me viste partir, bordado en oro
el timbre de su escudo en mi coraza.

Oíste en el alba de un pasado muerto
de tanta gloria, retemblar la tierra,
al galopar de mi corcel de guerra
todo de sangre hasta los pies cubierto.

Y exclamaron llorosas tus villanas
reteniendo el rendaje:—No prosigas...
¿No oyes doblar por ella las campanas?—

Y a la lucha volví, callado y fuerte,
a buscar en las lanzas enemigas
el olvido glorioso de la Muerte!

XV

SALAMANCA

Cuando la sombra de tus venas fluye,
con la fragancia musical del viento
crepuscular, huir la vida siento
por los ojos sin ver adónde huye.

Y me encuentro perdido en las marañas
obscuras de tus lóbregas callejas,
entre los hilos de leyendas viejas,
como en red de invisibles telarañas.

Y apoyada la diestra sobre el hierro
de la espada, mi altiva frente agacho
y me descubro al ver pasar mi entierro...

Y tras su sombra de un rumor de seda,
camino, retorciéndome el mostacho,
como el Don Félix que cantó Espronceda !

SAUDADES DE PORTUGAL

I

COIMBRA

La Quinta de las Lágrimas!... La Fuente
de los Amores, donde Inés de Castro,
tras los desnudos pies dejando el rastro
tibio y purpúreo de su sangre ardiente,

el cabello de oro suelto al viento,
por sus fieros verdugos perseguida,
conteniendo la herida y sin aliento,
cerró los ojos y cayó sin vida,

me vió llorar por ti! La luz moría
entre un temblor sonoro de campanas...
Coímbra sus luminarias encendía,

y sonaban, confusos y distantes,
melancólicos fados de tricanas
y alegres guitarradas de estudiantes!

II

Contigo yo soñé vagar, por estas
calles que me recuerdan mi Granada,
con sus casas antiguas y sus cuevas
y un aire de ciudad desenterrada,

Acaso tras alguna celosía
de esta noble mansión vieja y desierta,
un poeta estudiante lloró un día
viendo entre cirios a su novia muerta!

Y tú fuiste la amada hermosa y pura;
yo el poeta que vió tus palideces
entre blandones, por la reja abierta,

pues esta inmensa pena me asegura
que yo he sido poeta muchas veces
porque más de una vez te lloré muerta!

III

¡ Oh sereno Mondego, en tus cristales
a la luz de la luna se retrata
la ciudad con sus luces nocturnales
sobre un fondo de álamos de plata !

¡ Legendaria corriente de poesía,
di si en tu curso misterioso viste
alguna faz más pálida y más triste
y una pena más honda que la mía?...

Yo busco tu ribera silenciosa
para soñar con su visión radiosa
en estas claras noches estivales,

mientras la luna, pálida hilandera,
en su rueca de plata hila ligera
sus ensueños de luz en tus chopales !

IV

GLOSA DE CAMOES

Catalina de Atáyde, por la pena
de tu amante inmortal, por su agonía,
¡oye mi voz que trémula resuena
y atiende el ruego de la pena mía!

Si en el etéreo azul tu hermana viste,
—os hizo hermanas un amor tan fuerte—
dile que vivo tan obscuro y triste
que mi vida no es vida, sino muerte!

Si es verdad que hay un Cielo y hay un Dios,
id de rodillas a rogar las dos,
¡por la amargura que sentí al perderla,

por todas las tristezas que sufrí,
que tan pronto de aquí me lleve a verla,
cuan pronto a ella se llevó de mí!

V

Los ojos del crepúsculo de estío
bajo las duras cejas de la puente,
reflejaban las brasas del Poniente
sobre el espejo de cristal del río.

Rumor de las campanas vesperales
hizo temblar de conmoción el agua,
y avanzó lentamente la piragua
entre sangrientos bancos de corales.

Apagaba sus fuegos el paisaje...
Yo, tembloroso, musité:—¿Me amas?—
Y hasta la astral blancura de tu traje

ruborizóse repentinamente,
como si te envolvieran en sus llamas
las celosas pupilas del Poniente!

VI

LISBOA

Era un sueño de plata la bahía
al rielar espumoso de la luna,
y en su fondo Lisboa se veía
como encantada bajo una laguna.

Desgarraba el silencio la sirena
de un vapor. En el aire se aspiraba
como el perfume de una vieja pena
en la voz de algún fado... Yo soñaba

apoyado en la borda, contemplando
el hervor de las olas, con la pálida
dulce silueta de la Ausente, cuando

vi las estrellas palpitar tranquilas
sobre las aguas, y sentí la cálida
sensación del mirar de sus pupilas!

VII

Hasta la soledad de mi aposento
bajo el misterio de un luar de plata,
entre aromas de rosas, finge el viento
el rumor de una triste serenata.

¡Guitarra portuguesa, más doliente
que las guitarras de mi Andalucía,
entre tus cuerdas sollozar se siente
como un recuerdo de la pena mía!

¡Fados que hablan del mar, de marineros
que en vano esperan sus enamoradas
a la luz de los pálidos luceros,

no sé qué intenso amor os aquerella,
que no puedo escuchar vuestras tonadas
sin recordarla y sin llorar por ella!

VIII

De la tarde a los últimos fulgores
cansado y triste a la ciudad volvía,
de dejar el recuerdo de unas flores
sobre la tumba de Manuel Cardía.

La historia del suicida enamorado
que tuvo el noble y generoso empeño,
de antes de ver su sueño disipado
morir en holocausto de su ensueño,

llenaba el corazón de una secreta
y honda pena... La última violeta
de la tarde empezaba a deshojarse...

Maldije lo cobarde de mi suerte...
¡Odiar la vida y desear la muerte,
y no tener valor para matarse!

IX

La nave va a zarpar. Sobre la borda,
contemplando el adiós de los pañuelos,
siento una pena intransigente y sorda
que no admite esperanzas ni consuelos.

La lejana ciudad se difumina
en el oro sangrante del Poniente,
y entre el cielo y el mar, sigo inconsciente
el vuelo audaz de algún ave marina.

La luz cierne fugaces claridades,
y la nave es un ave suspendida
entre el azul de dos eternidades...

El mar me invita abriéndose a mis pies...
¡No me detiene el ansia de la vida
sino el temor a lo que habrá después!

TERMINOS

I

La luz crepuscular propicia era
para desenterrar viejos amores,
oyendo gorjear los ruiseñores
en la frescura de la Primavera.

De ella impregnada la floresta verde
perfumaba de paz mi pensamiento,
con ese olor de rosas que se pierde
en la azulina suavidad del viento.

En la fragancia azul de su mirada
toda su pobre alma perfumada,
me dieron las violetas ojerosas...

¡ Así su vida entera me entregaron
las oscuras pupilas vidriosas
que al beso de la Muerte se cerraron !

II

Es la existencia para mí un recuerdo,
laberinto de pena y de poesía,
donde como un sonámbulo me pierdo,
ciego de luz y sordo de armonía.

Solo, mi propia soledad me espanta ;
cantando voy y mi canción la nombra...
Soy como un niño que de noche canta
para espantar los miedos de la sombra !

Como un hidalgo místico del Greco,
ante el ensueño y la quimera heroico
y en la mezquina realidad cobarde...

Y pasaré en la vida, como un eco
de flauta, por el campo melancólico,
bajo la paz dorada de la tarde !

III

En la paz de este bosque taciturno
un oscuro pavor la noche exhala,
y nos roza el presagio, como el ala
agorera de un pájaro nocturno.

Danzan, cual fuego fátuos, los destellos
del agua entre el ramaje ensombrecido,
y de los lobos el lejano aullido
eriza de pavor nuestros cabellos.

La luz de algún hogar rutila clara,
como remota estrella protectora...
¡ Si aún Ella, junto al fuego me esperara

—perfil de castellana de leyendas—
rogando a Dios por los que en esta hora
caminan solos por las negras sendas !

IV

Va cayendo la lluvia cenicienta,
y la ciudad nos da la sensación
—bajo la mancha gris de la tormenta—
de un capricho de Goya hecho al carbón.

Tiembla de frío el alma del paisaje;
de una campana se deshace el són,
y un pájaro se esponja su plumaje
en los hierros mojados del balcón.

Vaga en la estancia el humo de mi aliento;
llora la lluvia lenta en los cristales,
y se deshoja el último rosal,

mientras mi dedo va trazando lento
de su nombre borrosas iniciales
en las turbias tristezas del cristal!

V

Empañando el cristal de las ventanas
siento la lluvia, lenta, descender
sobre las viejas calles provincianas,
humedeciendo el gris atardecer.

El aire pegajoso tiene un frío
y agrio sabor a hierro y a humedad...
¡ Todo el plumizo peso de su hastío
desploma el Cielo sobre la ciudad !

Parece que las casas deslucidas
se juntan y se oprimen ateridas...
La lluvia sobre el triste camposanto,

filtrándose en los nichos entreabiertos,
¡ qué turbia y vaga sensación de llanto
dará a las cuencas de los ojos muertos !

VI

Como una esponja, el alma del paisaje
absorbe todo el gris crepuscular,
y ronco el viento ensaya entre el ramaje
las contracciones del lejano mar.

Las ráfagas de lluvia en los cristales
se estrellan, golpeando con furor,
y un relámpago pinta en los umbrales
desenterrada imagen de mi amor.

Sobre el inmaterial blancor del cuello
flota la tempestad de su cabello
fosforescente en el turbión oscuro...

Dura lo que un ligero parpadeo...
'Abro los ojos, y tan sólo veo
el temblor de mi sombra sobre el muro!

VII

Llora la lluvia lenta en los cristales,
y el paisaje se ve confuso y vago
a través de los grises otoñales,
como en el fondo trémulo de un lago.

Yo sueño con la tierra que me espera
para dormir, con la última fragancia
de una desenterrada Primavera
que da aromas de rosas a mi estancia.

Recogimientos de dolor, dispersos
arrullos de palomas, viejos versos
con dulzuras de miel, ¿dónde habéis ido?

¡ Alma, regresa a tu silencio, y piensa !...
¡ La pena de perderla es más intensa
que el orgullo de haberla poseído !

VIII

Encanto fugitivo de la hora...
Llamaradas de sol entre los pinos...
Llanto de sangre que la tarde llora
sobre el polvo y la paz de los caminos !

Empañando la atmósfera serena
el húmedo perfume del paisaje,
y el golpear del hacha que resuena
cual quejido de muerte entre el ramaje.

— ¡ Si tienes un amor, por él, buen hombre,
atiende el suplicar de este poeta
muerto a la vida en plena juventud !

¡ Y de ese tronco en que grabé su nombre,
ya que tu hacha ni el amor respeta,
sierra las tablas para mi ataúd !

ORACIONES

I

Sobre la tierra una visión tan pura
no contempló jamás pupila humana...
Es la única esperanza del mañana,
y eterna como el tiempo es su hermosura.

Sueño que en nuestros párpados perdura,
recuerdo acaso de otra edad lejana...
Ella es al par esposa, madre, hermana...
¡ todo lo que es cariño y es ternura !

Cruza por los tumultos de la vida,
el índice en los labios sonrientes,
imponiendo silencio a las pasiones...

¡ Al verla aparecer todo se olvida,
y florece en los labios inconscientes
la flor de las primeras oraciones !

II

Aún vive en su prisión el alma mía
del recuerdo inmortal de tus amores...
Eres tú para mí lo que esas flores
que aun muertas nos perfuman todavía!

Herido de mortal melancolía
vivo, sin esperar tiempos mejores,
a solas ocultando mis dolores
y esperando que acabe esta agonía.

Aún vives en mi triste pensamiento,
calmando con tu voz mis hondas penas
y dando alguna tregua a mi tormento...

¡Y vas a mi existencia tan unida
que te siento correr entre mis venas
como la sangre de mi propia vida!

III

La Luna en el jardín está encantada...
El hilo de la fuente es un diamante
que se para en los aires un instante
para aromar de luz a la enramada!

Voz de revelación... En la callada
soledad de la noche alucinante
leve blancor de túnica flotante
estremece la senda enarenada.

¡Es ella, es ella!... Avanza silenciosa
con su traje de sueño, atravesado
el pecho, como una Dolorosa...

Se desliza a mi lado como una
sombra de luz, y muere en el callado
misterio tembloroso de la Luna!

IV

La paz del triste corazón se aleja
y en la inconsciencia del vivir me pierdo...
¡ El egoísmo humano no me deja
ni aun a solas vivir con tu recuerdo !

¡ Renunciar a las glorias de este mundo !...
¡ Una casa en el campo, y el olvido
de todo, menos de este amor profundo
que aun cuando muerto está no lo he perdido !

¡ No te he perdido, no ! porque te veo
cuando se queda insomne mi deseo
con tu recuerdo y con la noche a solas,

surgir sobre mis hondas tempestades,
como Cristo en el mar de Tiberiades,
serenando el tumulto de las olas !

V

Avanzas por las hondas tempestades
para llegar a mis riberas solas,
cual Cristo sobre el mar de Tiberiades,
serenando el tumulto de las olas.

Luminosa a mi encuentro te adelantas
para curar mi corazón enfermo...
Bajo el breve milagro de tus plantas
florece las arenas de mi yermo.

¿De dónde surges, di? ¿Acaso vienes
de una santa ciudad desconocida?...
Con un divino gesto me detienes

y al eco de su voz todo se calma...
¡Tanta bondad no viene de la Vida,
sino del fondo de tu propia alma!

VI

Fantasma que entristeces mis cantares,
yo no sé si me buscas o te sigo,
mas lo mismo en la tierra que en los mares,
donde quiera que voy vienes conmigo.

Sólo me oyen hablar. Dicen las gentes:
—¡Está loco!—y temblando de pavora
se alejan de mi lado, o sonrientes
se burlan sin piedad de mi locura.

¡ En los ferrocarriles contemplando
los paisajes pasar, o en la celeste
soledad de los mares, conversando

voy siempre con tu sombra, y ya dormido,
siempre mi corazón aún te habla de este
amor que ni en el sueño encuentra olvido!

VII

Yo tuve alguna vez, mas no sé cuándo ni dónde, una casita, y una amada que ante la Madre de Jesús rezando esperaba en la noche mi llegada.

Recuerdo apenas... En la casa había perfumes de violetas y canciones, juventud, y cariño y alegría, ¡y entraba mucho sol por los balcones!...

Abrí los ojos, y me hallé despierto sin amores ni hogar, solo y perdido en la inmensa planicie del desierto...

Y al despertar, me dije suspirando:
—¿Fué todo realidad o todo ha sido una ilusión que me forjé soñando?—

VIII

Con un gesto de olímpica escultura
cruzas por las tinieblas de mi vida,
soberbia de silencio y de blancura,
recta de paz y de pudor vestida.

Mostrando con orgullo tu belleza,
llegas a mi dolor, altiva y fuerte,
pues sabes que defiende tu pureza
la invisible guadaña de la Muerte.

De tu túnica astral la línea griega
no perturba la humana sacudida
ni enciende tus mejillas el Deseo...

Y hay en tus ojos la tristeza ciega
de esos desnudos mármoles sin vida
que custodian la paz de un Mausoleo!

IX

De la lámpara el trémulo reflejo
proyectaba en el muro mi silueta,
y evocaba tu imagen en la quieta
superficie encantada del espejo.

Vino una sombra a acariciar mi frente...
Recuerdo de una mano que temblando
estreché, no sé dónde ni sé cuándo...
Tal vez el alma de tu mano ausente!

Me acarició un frescor de Primavera,
como si me envolviesen las sombrías
fragancias de tu negra cabellera...

Y cerré las pupilas para verte
en la barquilla de las tres Marías
llegar hasta mi amor desde la Muerte!

X

En un silencio de inquietud te espero,
porque sé que vendrás, aunque no sé
cómo habrás de venir, ni en qué sendero
en este instante temblará tu pie...

Estás muy lejos, pero el alma mía
de tal modo te sabe adivinar,
que entre un coro de Santas te hallaría
a ojos cerrados y sin vacilar...

Nunca te he vuelto a ver, pero presiento
en el aire el perfume de tu aliento,
y en el cielo la luz de tu mirar,

pues sé que eres mi eterna Prometida,
y en la Muerte lo mismo que en la Vida
me esperas coronada de azahar !

XI

Llegas a mí fantástica y derecha
 a través de las sombras, como una
 visión inmaterial, vestida y hecha
 con la plata más pura de la Luna.

Vierte una Primavera en el ambiente
 tu aliento misterioso si respiras...
 Tus pies avanzan armoniosamente,
 como a compás de melodiosas liras.

—¿Cuándo acaba este mar en que me ahogo?—
 Curvado ante el Misterio te interrogo...
 Se desprenden sin ruido tus cabellos

en un nimbo de plata por tu faz...
 Se abren tus labios, y se escapa de ellos
 una palabra solamente:—¡Paz!

XII

Dentro del ataúd que avaro encierra
la única amada de mi corazón,
quiero que me trasladen a mi tierra,
a enterrarme en su viejo panteón.

Donde reine la sombra más callada
un sepulcro de mármol; sobre él
una cruz, y a la cruz entrelazada
una fresca corona de laurel.

Y este epitafio, en oro cincelado:
—«Si aquí llegas, viajero extraviado,
la eterna gloria del Amor advierte.

La Muerte a los amantes separó,
pero el Amor más fuerte que la Muerte,
de nuevo para siempre los unió !—

IN MEMORIAM

A MI HIJA ELISA

En el nombre de aquella que apenas conociste,
y desde cuya muerte desesperado vivo,
eternamente solo y eternamente triste,
para tus ojos estos versos, llorando, escribo...

¿En qué brazos amantes, en qué afecto sincero
podrás hallar refugio, cuando el dolor te hiera?
Alegra nuestras horas un amor verdadero,
y ese, con Ella, bajo la tierra gris te espera!

¡Huérfana!... Esa palabra dolorosa que encierra
todas las infinitas tristezas de la Tierra,
frase que no se puede decir si no llorando,

entristece tu infancia con su crespón obscuro...

¡Para ti es este libro, que improvisé pensando
en mi dolor presente y en tu dolor futuro!

ANIVERSARIO

I

—Aún no hace un año que cayó la tierra,
la tierra del olvido, gris y fría,
sobre el negro sepulcro que me encierra ;

aún no hace un año del eterno día
en que a mi cuerpo rígido, abrazado,
enjugaste el sudor de mi agonía,

y en tu pecho mi imagen se ha borrado...
¡Aún no brotó una flor sobre mi fosa,
y ya a tu pobre Elisa has olvidado !

¿No recuerdas el pálido semblante
que levantó tu mano temblorosa,
para besarme en el postrer instante ?

¿Ni los labios que tanto te besaron,
y que al plegarse para siempre, ansiosos,
en un débil suspiro te llamaron?

¿Ni aquellos ojos de mirar doliente,
que a tus labios cerráronse, vidriosos,
para soñar contigo eternamente?

¡Ya no te acuerdas de tu pobre muerta,
la que bajo la negra sepultura,
sólo al recuerdo de tu amor despierta,

y elevando al azul su pensamiento,
desde su eterna obscuridad murmura
con un hilo de voz que apaga el viento:

—¡ Señor, haced de mí lo que queráis,
mas tened compasión de esa criatura
que sola a su destino abandonáis !

II

¡Ya perdí la esperanza, y aún te espero!
Cuando mi cuerpo de terror se helaba,
la inmensa pena del adiós postrero,

más que por mí, por tu orfandad sentía,
que si mi corazón agonizaba
era tu corazón el que moría!

Y más que el abandono de la fosa,
más que este sepulcral silencio helado
que me amortaja en noche tenebrosa,

siento tu soledad entristecida...
¡Verte andar, como un niño extraviado,
por el gran laberinto de la Vida!

¡Ya no habrá quien mitigue tus dolores,
ni pupilas que velen tu destino,
y que lloren al par cuando tú llores!

Ya no habrá nadie que por ti sucumba...
¡Será la soledad de tu camino
más triste que el silencio de mi tumba!

III

Una huérfana sólo en ti confía...
 Vive por ella, como yo, en tu caso,
 aun sin alma y sin vida viviría...

Aparta de tu senda los abrojos,
 disipa las tinieblas a su paso,
 y haz que recuerde a Aquella que sus ojos

apenas reflejaron en la Vida,
 a aquella pobre mártir infelice
 que ni en la tumba su recuerdo olvida,

y que alzando su mano descarnada
 desde su lecho secular, bendice
 su débil cabecita inmaculada...

¡Oh Madre de Jesús, Virgen María,
 oíd de una madre muerta los clamores,
 mudas plegarias que hasta el Cielo envía!...

Si un destino fatal a mi hija inmola,
 su llanto, su tristeza y sus dolores,
 los quiero para mí, para mí sola!

IV.

No marchas solo! Sin cesar te sigo,
y a donde vayas, en tu ruta incierta,
verás mi sombra caminar contigo...

Contigo sufriré la suerte esquiva,
y la que para todos está muerta,
para ti, eternamente, estará viva!

Y al verte vacilar triste y cansado,
murmuraré a tu oído:—Aguarda... Espera...
¡La hora de la partida no ha sonado!

Y por tus sueños pasará ligera,
derramando en tu espíritu agostado
las flores de mi eterna Primavera!

Y en la hora final de la partida,
cuando descieras a la tumba a verme,
igual que en las tristezas de la vida,
besándote en los ojos, diré:—¡Duerme!

Y en la honda paz del ataúd estrecho,
al arrullo inmortal de mi cariño,
te dormiré, cantando, sobre el pecho,
como una madre que adormece a un niño!

EL POETA RECUERDA

I

Bajo la tarde lluviosa,
tras el húmedo cristal,
miré tu silueta rosa
curvada sobre un rosal.

Entre el arco de una rama
me miraste y te miré;
y cual siempre que se ama,
te amé sin saber por qué.

La lluvia lenta caía...
Te vi toser, y sentía
tu tos en mi corazón,

como el golpe de una azada
sobre la tierra mojada
de algún viejo panteón!

II

Bajo el cabello castaño
la palidez del semblante
te daba un encanto extraño,
muy dulce y muy lacinante.

En tu silueta ligera
temblaban ansias aladas,
como una ave que tuviera
las alas recién cortadas...

Belleza de golondrina,
de flor que su tallo inclina
para dejar de existir...

¡ Belleza que más queremos
a medida que sabemos
que está próxima a morir !

III

¡ Oh, tu mirada, que era
 acariciante y sumisa,
 frágil cual tu caballera
 y astral como tu sonrisa !

¡ Oh, tu tímida mirada,
 que parecía con pena
 suplicar :—No me hagáis nada...
 ¡ Ved que soy débil y buena !

Tu mirada, que tenía
 la inmensa melancolía
 de una estrella de diamante

en algún pozo encantada...
 ¡ Oh, tu mirada !... Mirada
 sumisa y acariciante !

IV.

Tu mano frágil y leve
era tan blanca, que apenas
bajo la piel—seda y nieve—
azuleaban las venas.

Un ruiseñor, la Poesía,
que es mi único tesoro,
hasta tu mano venía
a picar granos de oro...

¡Manos, en vuestra blancura,
quién se durmiera soñando!...
Dedos, dedos de azucenas...

¡cómo temblé de ternura
al sentirlos, alisando
mis románticas melenas!

V

Te recuerda mi mirada,
con tus ramos de azahar,
de mi mano arrodillada
al pie del florido altar.

Surcaba la nave un vuelo,
de incensarios... De alegría
tu rostro palidecía
bajo la albura del velo!

Ya de ti no resta nada...
Bajo la tierra mojada
todo se fué a sepultar!...

Sólo conservo devoto
tu blanco velo, ya roto,
y tu ramo de azahar!

VI

Entre el sopor del beleño
mis penas vienes a ver,
tan frágil como un ensueño
hecho carne de mujer.

En mis éxtasis lejanos
me daba miedo, tocarte,
porque al roce de mis manos
no fueras a disiparte.

Contigo viví soñando,
y al despertar, sollozando,
me hallé solo con mi empeño,

y a ti no te he vuelto a ver...
¿Por qué la ilusión de un sueño
se hizo carne de mujer?

VII

Sus frases nunca me hirieron
y siempre me consolaron...
¡ Heridas que otras me abrieron
sus propias manos cerraron !

Aun cuando penaba tanto,
tan buena conmigo era,
que hasta me ocultaba el llanto
para que yo no sufriera !

Con su infinita ternura
mi más intensa amargura
supo siempre consolar...

¡ Y qué buena no sería,
que al morir se sonreía
para no verme llorar !

VIII

¡Qué sólo, si yo me muero,
te vas, mi vida, a quedar!...—
¡Y aunque olvidar tu voz quiero
nunca la podré olvidar!

Seguir viviendo me aterra...
Es vejez mi juventud...
¡Más solo estoy en la tierra
que tú en el negro ataúd!

Nadie calma mi agonía
ni nada en la vida espero...
Bien tu voz lo presentía

al decirme, al expirar:
—¡Qué sólo, si yo me muero,
te vas, mi vida, a quedar!

IX

Colocaron la mortaja
sobre los viejos sillones,
y alguien entró con la caja,
los paños y los blandones.

Al cadáver abrazado
me encontró la luz del día,
sobre el tálamo aún mojado
del sudor de su agonía...

Fuí vistiendo, enloquecido
de dolor, su cuerpo yerto...
Todo de espanto callaba...

¡Y al ponerle aquel vestido,
mi cuerpo estaba más muerto
que el cuerpo que amortajaba!

X

Llorando a su alcoba entro,
mas no sé dónde se esconde
que la busco y no la encuentro,
la llamo y no me responde!

¡Escuchad, Señor, mis ruegos!...
¡Devuélvele la existencia,
que están ya mis ojos ciegos,
de tanto llorar su ausencia!

La llave al féretro echaron,
y en hombros se la llevaron
por esa puerta, a enterrar...

¡Las gentes se arrodillaban,
y hasta las piedras lloraban
al ver su entierro pasar!

XI

Tus pisadas eran quedas
cual los de una aparición...
Sólo un resbalar de sedas
te anunciaba al corazón.

Yo levantaba los ojos
del libro, para mirar
sonreír tus labios rojos
a mí eterno laborar...

Hoy también, al menor ruido,
creyendo que es tu vestido,
la faz pálida levanto...

¡ Y sólo miro, al reflejo
del quinqué, bañada en llanto,
mi imagen en el espejo!

ELEGIAS

I

«Lasciateme morire!»... Lentamente,
con un temblor de silenciosas lágrimas,
el alma de Claudino Monteverde,
en el teclado sin cesar lloraba.

Era un plañir ahogado entre las sombras ;
su corazón al corazón cantaba
la desesperación de lo imposible...
—« ¡ Su vida se apagó !... ¡ No hay esperanza ! »

La sonrisa jamás tornará al labio...
¿ Para qué sonreír, si ella no baja
para premiar nuestra sonrisa, el negro
terciopelo vivaz de sus pestañas ?

Jamás deben abrirse nuestros ojos...

¿Para qué, si hallará nuestra mirada
sólo el perfil de su sillón vacío
en las tristes penumbras de la estancia?

¿Para qué, con un gesto suplicante
se tienden nuestras manos, si no hallan
la suavidad flotante de sus rizos
ni el calor de su piel, sedosa y blanca?

¡Nunca, nunca, su paso fugitivo
alegrará el silencio de la casa !...

¡Nunca más !... ¡Nunca más !... Cierra la puerta,
apaga el fuego del hogar, la lámpara ;
deshace el blanco tálamo, que en vano
espera en las tristezas de la cámara,
ver florecer los lirios de su cuerpo
en la nupcial blancura de las sábanas !

¿Qué te importa que fuera, en los jardines,
se marchiten las rosas deshojadas,
si con ellas, sus manos irreales
no tejerán para tu amor guirnaldas?

¡Cierra los ojos que no pueden verla,
plega la boca que no puede hablarla,

y enciérrate cual ella en su sepulcro,
entre los cuatro muros de esta casa !

¡ Echa plomo en tu oído !... ¿ Por qué quieres
oír, si aunque escucharas
lo imperceptible del silencio, nunca
sentirás el rumor de sus palabras?
¡ Muerde tus labios cuando hablar intenten !...
Si Ella no te ha de oír, ¿ para quién hablas ?

¡ Tierra negra, maldita tierra hambrienta,
que en silencio devoras y profanas
tantas divinas cosas de su cuerpo
y tantas cosas puras de su alma...
¡ Sé tan suave para ella, como
fué para ti lo alado de sus plantas !

« Lasciateme morire ! »—Llora, Orfeo,
y en vano, en vano correrán tus lágrimas
hasta formar arroyos y henchir mares !...
Podrán estremecerse las montañas,
y amansarse las fieras a tus gritos,
y las florestas desgajar sus ramas,
¡ pero no esperes nunca que la tierra
te devuelva a quien duerme en sus entrañas !

¡ Nunca más !... ¡ Nunca más !... Podrá tu llanto
 horadar la dureza de la lápida ;
 podrán tus dientes y tus uñas frías
 de su negro ataúd desenterrarla,
 ¡ pero no esperes abrazar su cuerpo,
 pero no sueñes con sentir su alma !

Un puñado de polvo solamente
 hallarás en el fondo de su caja...
 ¡ Polvo que pueden aventar tus manos,
 y esparcir a los vientos tus sandalias !

—«Lasciateme morire !»—lentamente,
 con un temblor de silenciosas lágrimas,
 el alma de Claudino Monteverde
 en el teclado sin cesar lloraba !

II

Yo la cuidaba como a una hija,
 la respetaba como a una madre ;
 era en mis penas piadosa hermana
 y en mis placeres dichosa amante.

Aquellos negros ojos de ensueño
que me prestaron sus claridades,
hoy son, cerrados bajo la tierra,
rotos espejos sin una imagen...

¡ Oh blancas manos, finas y pálidas,
que silenciosas me acariciabais !...
¡ Ya de vosotras nadie se acuerda !
¡ Ya con vosotras no sueña nadie !

En cruz unidas sobre su pecho,
bajo la tierra, yertas y exangües,
sois azucenas que se deshojan,
flores de polvo que se deshacen...

Voz de nostalgias, risas y besos,
vuelo de músicas sobre mis cármenes,
¿ en dónde rimas hoy la dulzura
de tus consuelos y tus piedades ?

¡ Oh blanca sombra, plata de luna
que alumbra trémula mis soledades !...
¿ si era mi dicha tu único anhelo,
por qué tan pronto me abandonaste ?...

¿Dónde un regazo para mi frente,
 dónde un olvido para mis males?...
 ¿Quién oirá el grito de mis dolores
 si mis dolores nadie comparte?

¡ Sin tu cariño voy por la vida,
 como esos ciegos que por las calles
 cantando pasan con sus guitarras,
 sin que sus coplas comprenda nadie!

III

Yo con mis propias manos temblorosas
 de un humilde sayal de penitente,
 vestí su cuerpo y le cubrí de rosas.

En la almohada recliné su frente;
 crucé sus manos pálidas...

...Gemía

en el silencio del salón desierto
 la ronca voz de la tristeza mía:

—¡ Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

¡Murió tu amor en plena primavera
entre luces y cánticos y flores;
y ha muerto, cuando era
del rojo sol de junio a los fulgores,
un ensueño de amor la tierra entera!

En la calle el confuso mar humano
cruzaba lento y sórdido.

Gemía

de Schuber la inmortal melancolía
en las lejanas notas de un piano.

De los cirios las llamas temerosas
temblaban en el viento, y de la estancia
perfumaba el sopor, una fragancia
de muertas carnes y de mustias rosas.

Y un niño, tras la clara vidriera
asomando la faz llena de espanto,
a otros les dijo con la voz de llanto:
—Mirad la muerta... ¡Qué bonita era!—

Todos se fueron...

Sin cesar gemía
en el silencio del salón desierto
la ronca voz de la tristeza mía:
—¡Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

IV

Bajo la tarde azul de Primavera,
entre revuelos de palomas blancas,
que sobre el rosa vivo de tu traje
sus fugitivas sombras proyectaban,
por el verde sendero regresábamos
ebrios de amor, a nuestra vieja casa.

Los labriegos curvados con sus haces
de hierbas olorosas a la espalda,
para vernos pasar, respetuosos
al borde del camino se apartaban...

—¡El Señor los bendiga!—se decían...
Y abandonando sus fragantes cargas...
¡con cuánto amor, quitándose el sombrero,
las buenas tardes, al cruzar, nos daban!

Y al entrar en el pueblo, las vecinas
asomaban su rostro a las ventanas,
y sonriendo siempre, nos decían:
—¡Que la Virgen les sirva de compañía!—

Y los niños corrían a mirarnos;
y muchas veces, con tus manos blancas
agobiadas de anillos, alisaste
alguna cabecita desgredada!

Hoy solo y melancólico regresó
recordando tu amor, a nuestra casa...

Los campesinos al mirar mi luto
y mis ojeras y mi faz tan pálida:
—¡ Se ha quedado como un desenterrado!—
murmuran entre sí, con voz muy baja...
Y su voz llega a mí, como un suspiro
que me salpica el corazón de lágrimas!...

También rostros curiosos de vecinas
se asoman, como ayer, a las ventanas...
—¡ Valor! ¡ resignación!—me dicen todas...
Y hasta al verme llegar los niños callan
y suspenden sus juegos, y hasta alguno
parece preguntar con la mirada:
—¿ Qué se habrá hecho de la blanca mano
que mis ásperos rizos alisaba?—

V

Leve mano de incienso y de nieve
 entrevista a través de una reja,
 una noche de Mayo, soñando
 sobre el viejo marfil de las teclas;
 leve mano de incienso y de nieve
 ¿por qué evocas tan dulces cadencias?

Una voz en el aire suspira:
 —Cierra al mundo los ojos, y sueña...
 En la tierra florecen rosales,
 en el cielo florecen estrellas...
 Por la mística senda de lirios
 se aproxima la virgen que esperas!

Viene a darte su beso primero,
 de azahares ceñida y envuelta
 en el velo sutil que tu mano
 rasgó un día, al volver de la iglesia!

A través de los claros cristales,
en fragante blancor de azucenas
entrará, silenciosa, a tu alcoba,
a decirte en un beso:—¡ Despierta !

Ya no tengo caricias de carne...
Soy un alma de luz, toda enferma,
que ama sólo las pálidas frentes
que a la luz de la lámpara sueñan...

En las horas que cruzas sombrío
como un hosco fantasma, las negras
avenidas de largos cipreses,
y de hinojos postrado en la tierra,
a la cruz de una tumba te abrazas,
¿ no me has visto llorar de tristeza ?

Para mí no hay secretos ni enigmas !...
Yo conozco la mágica senda
que conduce al jardín encantado,
donde en una inmortal primavera
resucitan las almas amantes
y a sus viejos amores esperan !

Cuando apagues la lámpara, y dejes
tus floridas ventanas abiertas,

ya escalando los blancos rosales
entraré, temblorosa, por ellas,
a envolver en un beso de olvido
el dolor de tu frente que piensa!...—

De repente la voz se ha extinguido
al volver una obscura calleja
de la vieja ciudad... En las sombras
hay puñales desnudos que acechan...

Estoy solo, perdido en la Noche...
¡ Soy un tímido niño que tiembla !

Leve mano de incienso y de nieve
entrevista a través de una reja
una noche de mayo, soñando
sobre el viejo marfil de las teclas ;
leve mano de incienso y de nieve,
¿ por qué evocas tan dulces cadencias ?

VI

Tu nombre es como una
oración.

Al pronunciarlo tiembla
de ternura la voz,
se doblan las rodillas, y se reza
como el nombre de Dios...

Se reza lentamente, con la mano
puesta en el corazón...

Cada sílaba evoca
una alegre visión...

Una visión que pasa por la vida
como un rayo de sol ;
una visión que canta en los recuerdos
igual que un ruiseñor ;
una visión que nos perfuma el alma
como un rosal en flor !

Tu nombre es como una
oración.

Es agua viva en medio del desierto,
sombra y frescura en horas de calor...

Tiene el encanto de las viejas músicas
que en nuestro oído la niñez dejó!
guarda el calor de los primeros besos
y el eco débil del postrer adiós...

Tu nombre es como una
oración.

Al pronunciarlo tiembla
de ternura la voz,
se doblan las rodillas, y se reza
como el nombre de Dios...

Se reza lentamente, con la mano
puesta en el corazón...

VII

Muy lejos de la Vida, volveremos
a vernos una tarde
melancólica y dulce del Otoño,
cuando turba la calma del paisaje
el eco funeral de las campanas
que por el alma de los muertos tañen.

Volveremos a vernos, y, enlazados
mis brazos a tu talle,
cruzaremos las sendas florecidas,
donde brotan los últimos rosales
que temblando de angustia se deshojan
en la otoñal desolación del parque.

Cruzaremos ciudades misteriosas
de tumbas y cipreses; mudos valles,
donde la voz se extingue sin un eco;
senderos solitarios, donde nadie
dejó su huella... Unidos de las manos,
más allá de la Vida, bajo un sauce
hallaremos la casa abandonada,
con las puertas abiertas, esperándote....

El viejo perro familiar, saltando,
vendrá a lamer tus manos irreales;
y el cañario, al oírte, dará al viento,
en la jaula, sus más dulces cantares,
y abierto el pico y con las alas trémulas
se acercará a los hierros a picarte...

Bajo tus dedos volverán las músicas
a soñar en las teclas de la clave,

y otra vez, a las luces de la lámpara
 en las largas veladas otoñales,
 mientras tus tristes labios me sonríen,
 te cantaré mis versos inmortales.

Cansados de leer, sobre tu falda
 el libro abierto aún, en clara tarde,
 fundidos mis cabellos y tus trenzas,
 veremos a través de los cristales
 jugar en el jardín a nuestros hijos
 desplumando las alas de algún ángel!...

¡Nuestras almas, unidas en la Vida,
 no podrán en la Muerte separarse!..

Yo sueño con la gloria de ese encuentro,
 y al cruzar mis eternas soledades,
 me recuerda el rumor de tus vestidos
 el temblor de la brisa entre los árboles...

Te apoyas en mi brazo; me sonríes
 con tu eterna sonrisa inolvidable,
 y juntos, regresamos a la casa,
 a la luz moribunda de la tarde,
 mientras turban la paz esas campanas
 que por las almas de los muertos tañen!...

VIII

En alas de la brisa silenciosa
perfumada de rosas y azucenas,
en la noche, su voz llega a mi oído
como la luz sonora de una estrella.

Me habla de viejas cosas imposibles,
de amores infinitos y quimeras;
y yo, para escucharlas atento, apoyo
en las pálidas manos la cabeza,
mientras la débil llama de la lámpara
luchando con la Muerte, brilla trémula.

La voz canta en un sueño de sollozos:
—Cierra los ojos a la luz, y sueña...
Tras el vago paisaje de la vida
hay una sed de amores que te espera...

La sed de amores que llegó a tus brazos
envuelta en la nevada transparencia
de su velo de novia, coronada
de azahar; la divina compañera
que siempre tuvo, para ti, en sus labios,

esperanzas, sonrisas y promesas,
la de manos gemelas de los lirios
y las dulces pupilas de gacela...

¡Oh, ven! ¡Oh, ven! Ante mis plantas roto
está el Misterio que la Muerte encierra...
Me perfuman las nubes... La Vía Láctea
en su divina claridad me vela,
y coronan mi sien, en vez de flores,
una guirnalda fúlgida de estrellas.

Dios oficia, ayudado por los ángeles;
levanta el cáliz... Bendecir espera
a los amantes que en la misma muerte
sus juramentos y su amor renuevan...

¡Señor, Señor, te pido desde el Cielo
lo mismo que mi amor desde la Tierra!—

Y la voz silenciosa se ha extinguido
como un perfume, y en la paz inmensa
de la Noche profunda, sólo escucho
los trémulos latidos de mis venas!...

EL HOGAR VACIO

I

¡ Mes de los Muertos ! Lentas
sollozan las campanas...
Llueve... Lloran del viento
las fugitivas ráfagas
al deshojar las últimas
rosas de mi ventana...

¡ Mes de los Muertos ! Nadie
en la desierta casa
viene a rezar conmigo !...

Una tumba es mi alma,
sin flores, en un viejo
cementerio olvidada !...

Recuerdo: Ella, ante un Cristo
de rodillas rezaba
por todos los que duermen
bajo la tierra santa!

Yo a su lado leía
a la luz de la lámpara...
De súbito mirándome,
me dijo con voz baja:
—¿Quién, cuando yo muera,
rezará por mi alma?—...

¡Qué triste está su tumba,
qué sola y qué lejana!...
¡No habrá sobre ella flores,
ni una cruz, ni una lápida!

Recemos, sí, recemos...
¡Rezar es recordarla,
y en mis labios su nombre
es la mejor plegaria!...

¡Mes de los Muertos! Lentas
sollozan las campanas.

Llueve... Lloran del viento
las fugitivas ráfagas
al deshojar las últimas
rosas de mi ventana!

II

¡Silencio! ¡La Lámpara,
con su luz tan tenue,
a escribir invita
versos a la Ausente
que hace tanto tiempo
que espero y no vuelve!

¿Estuvo en mis brazos
o fué solamente
un sueño que apenas
soñado se pierde?

Sólo sé que a ella
 mi vida le debe
 las únicas horas
 tranquilas y alegres...

¡Y que una mañana
 de sol refulgente
 —realidad o sueño—
 se fué para siempre!

Amor y riqueza,
 gloriosos laureles...
 Juventud, sin ella,
 ¿para qué los quieres?

Las horas son siglos...
 Su ausencia me tiene
 viviendo sin vida,
 muriendo sin muerte!...

Y no sé si es Ella
 o soy yo, quien duerme
 en la tierra santa
 bajo los cipreses!...

¡Silencio! ¡La Lámpara,
con su luz tan tenue,
a escribir invita
versos a la Ausente
que hace tanto tiempo
que espero y no vuelve!

III

En los labios besos,
en los ojos lágrimas...
Su cariño era
claridad, fragancia;
sus manos dos lirios
en flor; sus palabras
dulces ruiseñores
de abril que alegraban
con su voz el triste
jardín de mi alma...

Fué su vida un sueño
que disipa el alba...

Su amante recuerdo
se va en la distancia
borrando, fundido
con otras amadas
memorias perdidas
de cosas lejanas...

Y ya es tan confuso
que no sabe el alma
si ha sido mi esposa,
mi madre o mi hermana !...

IV

En la casa cerrada,
sin risas y sin besos,
aún flota como un vago
perfume su recuerdo.

La esperan los sillones;
está el piano abierto,

y aún copian su sonrisa
los antiguos espejos...

Hay algo suyo en estas
paredes que sintieron
apagarse su última
palabra en el silencio...

Hay algo suyo, hay algo
en estos muebles viejos
que aún guardan en sus sedas
las huellas de su cuerpo...

¡El libro que su mano
dejó en la mesa abierto,
la labor comenzada,
el solitario lecho,
parece que en las sombras
evocan su recuerdo!

¡Pobre niña enlutada
que abrazada a mi cuello
te duermes, sonriente,
al rumor de los rezos!...

¡No volverán sus manos
a alisar tus cabellos!

Cuando tu voz la llame,
responderá a tu acento
alguna voz de lágrimas:
—¡ Tu madre está en el Cielo!

En la casa cerrada,
sin risas y sin besos,
aún flota como un vago
perfume su recuerdo!

V

Sin ella, ¡qué triste
está nuestra casa!

La sonrisa ha huido
de los labios...

Lágrimas,
suspiros, sollozos,
las puertas cerradas...

¡ Parece un sepulcro
nuestra vieja casa !

Cuando nos sentamos
a la mesa, pálidas
las tristes mejillas,
los ojos con lágrimas,
al mirar su asiento
vacío, en voz baja
todos sollozamos:
— ¡ Allí se sentaba !...

Silencioso, a veces,
penetro en su estancia,
creyendo que en ella
soñando me aguarda,
sonriente el labio,
las manos cruzadas,
y la cabellera
negra destrenzada
sobre la blancura
de las almohadas.

Del clave las viejas
teclas empolvadas

aún las ténues huellas
de sus dedos guardan ;
y un libro de versos
conserva en sus páginas
el triste perfume
de su última lágrima !...

A veces la niña
llorando la llama....

La busca en la alcoba
donde ella bordaba,
y me balbucea
con su rota charla :

—Mamá se ha escondido...
¡Dile tú que salga !...

Sin ella, ¡qué triste
está nuestra casa !

VI

Dormida entre rosas,
lirios y azucenas,
era como una
Primavera muerta...

Las manos más blancas
que los lirios eran,
y el rostro más pálido
que las azucenas...

Un agrio perfume
de rosas ya secas,
perfumaba el aire
de vagas tristezas.

Y de los blandones
a las luces trémulas,

dormida entre rosas
lirios y azucenas,
era como una
Primavera muerta l.

VII

Se ha dormido la casa
ciega de tanto llanto...
El silencio, el latido
del péndulo ha parado.

Sólo un rayo de luna
besa el blanco teclado
en cuyo polvo quedan
señales de sus manos.

Su cuerpo se fué... El alma
se quedó en el piano...

¿No la oís, en la noche
sollozar, evocando
el dolor de la música
que me dejaba pálido,
al inclinar mi frente
de pena entre las manos?...

¡ Chopin ! ; Chopin !... ; Qué triste
tu corazón, hermano,
de este corazón mío
que tiembla como un pájaro
que se encuentra sin nido
al regresar al árbol !

Un perfume de rosas
asciende de los campos,
y me evoca el perfume
de sus rizos castaños...

Aquel vago perfume
que al cerrar con mis labios
para siempre sus ojos,
embalsamó mis manos !...

¡ Oh, tú, sombra enlutada
que conteniendo el llanto
te acercas a las teclas
con silenciosos pasos...
¡ no profanes su eterno
silencio en tus manos !

Al más pequeño ruido,
al más leve contacto
se escapará su alma
dormida en el piano...

La luna muere... Y ella
se acerca... Oigo sus pasos
no por la sala, dentro
del corazón cansado !...

¿ No la ves en la sombra,
con su vestido blanco,
la cabellera suelta
y el índice en los labios?...

VELADAS SENTIMENTALES

I

Pensemos, sí, pensemos en esta humilde hora
de silencio y de calma, en la fortuna incierta,
hasta que las cortinas de la ventana abierta
alumbre la indecisa claridad de la aurora.

¡Alma llena de espantos y de misterios, ora
arrodillada y triste, por tu esperanza muerta!
Su luz vierte aún la lámpara, y asomado a la puerta
hay un viejo recuerdo que silencioso llora...

El monótono péndulo rima con el latido
del corazón cansado... Suspira en el oído
la palabra postrera de algún adiós lejano.

Sobre el papel la errante mirada se detiene,
y del nombre que lenta va trazando la mano
sarge una blanca sombra que a acariciarme viene!

II

Tal vez no era graciosa, quizás no fuese bella,
mas tenían sus ojos tal expresión amante,
y era tan puro el pálido perfil de su semblante,
que para mí la Gracia, la Belleza, son Ella !

Como un rayo de luna aún su fulgor destella
en las profundas noches de mi dolor constante...
Los surtidores vierten lágrimas de diamante...
¡ Por Ella llora plata en el azul la estrella !

¡ Hermosa no serías, visión toda ternura,
mas yo no vi hermosura igual a tu hermosura
en el destierro estéril por donde cruza el hombre,

seguido de la sombra de su melancolía...
¡ Para mí la Belleza, el Amor, la Poesía,
tienen tus mismas líneas, llevan tu mismo nombre !

III

A través de las grises vidrieras empañadas
el otoñal paisaje, a la lluvia y al viento
se estremece de frío y se deshoja lento...
Llora el aire un perfume de rosas deshojadas.

El silencio propicio de la estancia, convida
con su luz moribunda y su fúnebre calma,
a encerrarse en la obscura tumba de nuestra alma
y evocar las imágenes borrosas de otra vida!

Mientras igual que un humo gris que deshace el
[viento,
la humedad del crepúsculo muere en el aposento
y en nuestras manos yace un libro abandonado;

sentimos en la carne la filtración helada
de algo nuestro que duerme en la tierra mojada
de algún viejo y ruinoso cementerio olvidado!

IV.

En horas de silencio una voz desterrada
de la vida, resuena sin cesar en mi oído,
y oyéndola se queda mi corazón dormido
y el alma en un sueño de amores encantada.

Es una voz antigua, de besos perfumada,
oración sin palabras, música sin sonido,
que repite en mi espíritu, como un eco perdido,
la ternura infinita de aquella voz amada!

Me envuelve en su caricia fugitiva. Bendice
mis quimeras nocturnas... Yo no sé lo que dice...
Sólo sé que de ella mi amor piedad espera,

que es tan suave y dulce, tan tierna y dolorida,
que la escucho llorando, y, oyéndola, quisiera
cerrar eternamente los ojos a la Vida!

V

Es la visión de un sueño, la nívea visión casta
que en sus horas sombrías el corazón espera...
Florece en nuestro invierno como una primavera,
y al labio dice: ¡ríe!, y al dolor grita: ¡basta!

Mística alegoría de todos los amores,
sus dedos curar saben la más profunda herida,
y en sus entrañas duermen, esperando la vida,
los gérmenes de una legión de soñadores!

Su amor conserva el sacro fuego de las vestales.
Divina sembradora de ensueños inmortales
alumbra cuanto mira y anima cuanto toca...

¡En la perpetua sombra que al cuerpo marcha
[unida,
y cuando nuestros párpados se cierran a la Vida
será su nombre el último que muera en nuestra
[boca!

VI

Cayó sobre tu cuerpo la tierra húmeda y fría,
al pie de los cipreses del viejo camposanto...
El tiempo lentamente va enjugando mi llanto,
y todo huye y se pierde en vaga lejanía.

Como por una herida correr las horas dejo...
Tu indeciso semblante se borra entre la bruma,
como un perfil de santa que, confuso, se esfuma
en el fondo terroso de algún cuadro muy viejo.

A veces tu sonrisa, un gesto, tu mirada
iluminan fugaces mi memoria cansada...
Para olvidarlo todo mi párpado se cierra,

y el labio fatigado apenas si te nombra,
mientras tu amor, mi único compañero en la Tierra,
me sigue eternamente como mi propia sombra!

VII

Yo adoro esos pianos, de polvo envejecidos,
que dejó para siempre alguna sombra abiertos,
donde en horas de insomnio las manos de mis
[muertos
tocan, para mí sólo, nocturnos nunca oídos.

Contemplándolos, mudo paso noches enteras...
En la penumbra insomne, recuerdan sus figuras
alargadas y estrechas, humildes sepulturas,
y su perfil evoca pulidas calaveras!

¡ Mi juventud, pianos, llenasteis de poesía,
de cánticos de ángeles y músicas de estrellas,
y perfumes de gloria !... Y es hoy mi único anhelo

morir en plena noche, oyendo en mi agonía
gemir en vuestras teclas una canción de aquellas
que tocaban las manos que me han de abrir el cielo !

VIII

Florecerá de nuevo una esperanza loca...
 La piedad de una mano vendrá a curar mi herida,
 y el labio un salmo alegre entonará a la Vida,
 buscando, suspirante, los besos de otra boca.

¿Qué nueva enamorada me ceñirá en sus lazos?
 ¡Aunque sea más pura, más cándida y más bella
 que la Reina del Cielo, no será como Aquélla
 que rezando mi nombre expiró entre mis brazos!

Pronto, acaso, de nuevo la estancia muda y grave
 alegrarán los ecos de alguna voz piadosa...
 ¡Pero por más que dulce me encante su sonido

no será como aquella voz tímida y suave
 que hoy tiene la infinita tristeza prestigiosa
 de que jamás la oiremos vibrar en nuestro oído!

IX

Un anhelo imposible todas mis dichas trunca...
Lo infinito y profundo de mi dolor me aterra...
¡ Mi esperanza contigo duerme bajo la tierra
ese sueño de mármol que no se acaba nunca !

Mis ojos nada miran, mi oído nada siente...
Ni un poco de descanso encuentro en mi jornada,
lo mismo que si fuera un alma condenada
a caminar sonámbula, sin fin, eternamente.

Me toco, y en mi sangre no oigo latir la vida...
Parece que en tus brazos se quedó adormecida...
Quién de los dos ha muerto, mi razón no concibe...

¡ Y en medio de este olvido a explicarme no acierto
si yo soy el que vive y eres tú la que has muerto,
o si yo seré el muerto y eres tú la que vive !

X

Una clara mañana de Abril, una mañana
perfumada de frescas rosas recién abiertas,
ornaré de azahares el umbral de mis puertas
para que tú penetres como una soberana !

Vienes toda de blanco, con los brazos abiertos...
Bajo tu planta el mundo florece y se ilumina,
y de tus labios vírgenes se escapa esa divina
frase que hace a la Vida resucitar a los muertos !

Las arpas de los ángeles acompañan tus pasos
y te cubre la púrpura de todos los ocasos...
El prisionero aguarda en sus horas de pena

verte entrar en su cárcel, toda de luz vestida,
para que con tus manos desates su cadena
y le abras nuevamente las puertas de la Vida !

XI

Todo en la vieja estancia parece que te espera:
el sillón, los espejos... Está abierto el piano,
y tiemblan las cortinas como si a alzarlas fuera
reluciente de joyas, tu fina y blanca mano.

El péndulo palpita... Dos pobres rosas rojas,
desde las altas ánforas de China, lentamente,
sobre la alfombra antigua dejan caer sus hojas,
igual que si llorasen tu blanca mano ausente.

El amor ha volado... El nido está vacío...
El rosal de mis rejas se deshoja de frío!...
Mi carne es como ese rosal, y mi alma es una

rosa que tiembla al borde de una rama...
Ha cesado la lluvia... ¡Y la luz de la luna
es escala de oro que hasta el cielo me llamó!

XII

Hay algo que en las sombras al alma se revela,
y entreabre las puertas de mi alcoba, sin ruido,
y los ojos se espantan y la sangre se hiela
al soplo pavoroso de lo Desconocido!

La luz tiembla y se apaga... El silencio extremece
como un vuelo de seda frágil y temblorosa,
y sutil e impalpable, una sombra aparece,
envuelta en una blanca túnica luminosa.

Su silueta recuerda la lánguida silueta
que se alzaba en la punta de los pies, suspirando,
por alcanzar los largos besos de su poeta...

Y sus ojos, de una piedad desconocida,
son las mismas pupilas que yo cerré llorando
en la hora más larga y triste de mi vida!

XIII

Los pasos se apagaron lentamente en la alfombra. Volvió a hacerse el silencio, y lívido, espantado, contemplé entre las sombras esfumarse su sombra, como en el fondo insomne de un espejo encantado.

Curvado en el abismo interrogué al misterio, y respondió a mi oído la voz que me consuela:
—¡El cuerpo que tú amaste, duerme en el cemen-
terio,
pero el alma, a tu lado, maternalmente vela!

¡En el laboratorio de las transformaciones
surgirán mariposas de aquellas carnes bellas,
para alegrar los cármenes de tus recordaciones,

mientras te brinda el alma el inmortal consuelo
de esas maravillosas floraciones de estrellas
que levantan tu espíritu y tus ojos al cielo!

LAS APARICIONES

I

Si el labio fiel lo invoca con una fe infinita,
se abren las sepulturas, Lázaro resucita...

Adorad el recuerdo... Amadlo intensamente...
De rodillas rezadle... Lo pasado es presente...

Volverá, si queréis, la sonrisa perdida
a los labios exangües, volverá la florida
primavera a las almas que agonizan de frío,
como surge en las sombras de nuevo el sueño mío!

Las campanas celestes anuncian su llegada...
Viene toda de ensueño y de amor perfumada...

Es la Pura, la Unica, aquella cuyo nombre
es la oración eterna en los labios del hombre...

Trae esa paz que cura toda dolencia humana...
A un mismo tiempo es novia, madre, esposa y her-
mana!

En su pecho, tan puro como un sagrario, encierra
los más grandes amores del cielo y de la tierra...

Su mano, flor de luna, descorre la cortina
del lecho... Su faz mística sobre mi frente inclina

y me besa... En sus brazos me oprime con cariño,
y me duerme cantando, como se duerme a un niño!

Ya la miro que llega, tranquila y sonriente,
con su paso tan tímido que apenas si se siente...

¡Viene toda de polvo y de tierra cubierta,
igual que si dejase la tumba de una muerta!

II

Cuando el nocturno silencio
se inmoviliza en mi estancia,
cuando ni latir escucho
mi sien sobre la almohada,
y parece detenida
hasta la luz de la lámpara,
penetra sin hacer ruido
su visión de luna blanca,
y se sienta silenciosa
en el borde de mi cama...

A través del níveo velo,
la piedad de su mirada,
brilla, cual negro diamante
en el iris de una lágrima;
y cuando los brazos tiendo
para lograr estrecharla,

me mira tenaz y fija,
y en silencio se levanta...

Y me detiene en un gesto
de paz, su mano, tan blanca
entre la nieve del velo
que da miedo contemplarla !...

Y sin ruido, como ha entrado,
sin saber dónde, se marcha...

III

Blanca sombra, mi alcoba iluminas
de un ensueño lunar de tristeza...
Ensangrienta, visión, tu cabeza
una mustia corona de espinas !...

Y en mi noche de oscuros dolores
 van sembrando tus manos, tan bellas,
 ramilletes de místicas flores
 que parecen guirnaldas de estrellas!...

Tu imperial cabellera un destello
 y un perfume quimérico exhala,
 y una gota de sangre resbala
 a lo largo de cada cabello!

¡Con tus pasos sobrenaturales
 te aproximas, visión, a mi lecho,
 con las cruces de siete puñales,
 cual la Madre de Dios, en el pecho!

¡En el nombre de Dios te demando
 que me digas quién eres, qué anhelas...
 Con tu paso fugaz me desvelas,
 y a tu voz me despierto llorando!...

Yo conozco esos ojos sombríos
 y esas manos de melancolías...
 ¡Esos ojos, Amor, fueron míos,
 y esas manos, Bondad, fueron mías!

Y esa voz, esa voz de consuelo,
más fragante que un huerto florido,
otra vez—no sé dónde—la he oído...
¿En la Tierra quizás, o en el Cielo?

LA SOMBRA DE BEATRIZ

I

Cruzas por mis tinieblas como una
blancura inmaterial y fugitiva,
como una sombra desterrada viva
de los valles de plata de la Luna.

Como un presagio de mi astral fortuna,
un verde ramo de perenne oliva
ciñe tu blanca frente pensativa
entre la larga cabellera bruna.

Expresión celestial tu rostro asume,
y a tu paso despiértase un perfume
que nos evocan las floridas plantas,

ornamentos de célicos jardines,
donde cortan los Angeles jazmines,
para ornar el cabello de las Santas I.

II

La noche ástral de tu cabello ondea
sobre tu etérea y mística blancura...
Es un sueño de amor tu vestidura,
y un nimbo de silencios te rodea.

En todo el soplo de tu aliento crea
toda una Primavera de frescura...
Tienes la paz inalterable y pura
que mi cansado espíritu desea!

No sé de dónde vienes... A medida
que en las sombras surgir tu imagen veo,
dentro del pecho, el corazón se para,

como si fueses tú mi propia vida,
que, para darle forma a mi deseo,
por mis ojos abiertos se escapara!

III

Resplandecen los místicos senderos
de Luna... En un encantamiento mago,
en la plata quimérica del lago
se deshojan los blancos jazmineros.

Está el azul florido de luceros...
Por el astral camino de Santiago
se pierden mis ensueños, como un vago
desfile de fantásticos romeros.

¡El Templo de Zafir! Sobre albas nubes
una legión de cándidos Querubes,
con la mano en el pecho, se arrodilla...

Repican las campanas encantadas,
y en la mano de Dios el cáliz brilla
sobre nuestras cabezas inclinadas!

IV.

Te he visto en un Ensueño o en la Vida,
en las florestas de un jardín lejano
cogerme como a un niño, de la mano,
para guiar mi juventud perdida.

En tu regazo se quedó dormida
mi alma, cansada de buscar en vano
entre las flores del jardín humano
las huellas de la eterna Presentida.

Sé qué, abriendo una pausa a mi tristeza,
recliné entre tus senos mi cabeza,
para dormirme con tu amor soñando...

Soñé un sueño quimérico y divino,
y al despertar sin ti, me hallé llorando,
solo con tu recuerdo en el camino !

V

Vestida de luar, con paso quedó,
iluminaste mi nocturno triste,
y a mi vida, sin fe, de nuevo hiciste
rezar con labio balbuciente el Credo.

Sobre el umbral inmóvil, con el dedo
en el labio, silencio me impusiste,
y con voz sin palabras me dijiste
lo que en lengua mortal decir no puedo.

Frutos de amor en vano gustar quiso
mi labio en otros labios terrenales...
'Al expulsarnos Dios del Paraíso,

como un Angel, desnuda la ígnea espada,
se quedó tu recuerdo en los umbrales,
para impedir a todo amor la entrada!

VI

Sobre el jardín insomne de mis penas
cruzas como el arcángel del Estío,
desgranando collares de rocío
y vertiendo perfumes de azucenas.

Con tus manos, me quitas las cadenas
que me puso el fantasma del hastío...

Calmas mi corazón: cáliz vacío
que, de paz y de amor, de nuevo llenas!

Te acercas a mis labios, vacilante,
ocultando el rubor de su semblante
bajo el cabello undívago y sedefío...

En un recuerdo astral nos abrazamos,
y en su divino tálamo gozamos
las nupcias imposibles del Ensueño!

VII

Ilumina las sombras de repente
un sendero de luces estelares,
y ceñidas las sienes de azahares,
avanza tu blancura, sonriente.

Bajo tu casta aparición se siente
serenarse el tumulto de los mares,
mientras la Luna teje en sus telares
velos de plata para ornar tu frente !

Tu voz llega, como una silenciosa
música de misterio, a mis oídos...
Florece en mi rosal la primer rosa,

y a un gesto de tus manos irreales
vuelven las viejas aves a sus nidos
abandonados entre los rosales !

VIII

Cual si acabara de dejar su estrecho
ataúd, empolvado todavía,
tu recuerdo quimérico surgía,
con el cabello inmaterial deshecho.

Bajo la blanca túnica, tu pecho
con un ritmo inmortal latir se oía,
igual que cuando, vivo, lo sentía
bajo mi mano, sobre el blanco lecho!

Tu actitud presagiábame impasible:
—¡No sueñes! ¡Tu cariño es imposible!—
Y en un constante y angustioso grito

sollozaba de amor mi vida entera...
¡y la piedad de tu mirada era
una prolongación del Infinito!

IX

El crepúsculo está lleno de aromas,
de campanas de plata y de cantares...
Zumban abejas en los azahares...
Baja un temblor de esquilas por las lomas...

El aire sabe a miel de abiertas pomas,
y al tornar a sus blancos palomares,
proyectan en los verdes olivares
sus sombras fugitivas las palomas.

Yo sueño con tu amor... Una infinita
dulzura sube del florido huerto...
¿Por qué el ensueño de una margarita,

hoja tras hoja, mi saudade arranca,
si en la penumbra del balcón abierto
nunca ha de verse tu silueta blanca?

X

¿Cómo era su perfil, dime, Deseo?
¿Cómo era aquél perfil gracioso y fino
digno de que un orfebre florentino
lo cincelase sobre un camafeo?

Cierro los ojos, y tan sólo veo,
cómo a través de un lago cristalino,
esfumarse su sombra ante el divino
temblor de un fugitivo parpadeo.

Sólo recuerdo, muy confusamente,
la pálida blancura de su frente
bajo las sombras de la cabellera,

y su mirar que a todos envolvía
en esa gradual melancolía
de una puesta de sol en Primavera!

XI

Un ensueño de amor la tarde evoca.
En el jardín de mis nostalgias muerta
la fragante manzana de un recuerdo
perfumado de besos por tu boca.

Un índice de amor mis labios toca...
De todo cuanto amé ya no me acuerdo,
y en un silencio sepulcral me pierdo,
cogido al brazo de mi vida loca.

Deja a la vida, corazón, que vaya,
a triunfar o a morir en la batalla!...
Aun cuando triunfe, al fin será vencida!

¡ Vuelve a soñar, a tu jardín florido!...
¡ El Ensueño es más bello que la Vida,
y el recuerdo más dulce que el Olvido!

XII

Se desliza tu pie, descalzo y leve,
por los jardines de mi primavera,
sin marchitar un pétalo siquiera,
entre frágiles cálices de nieve.

Ni el ruiseñor a respirar se atreve,
temiendo, acaso, que su voz te hiera,
y la brisa en tu frágil cabellera,
se oculta temerosa y no se mueve.

Te acercas a mi hogar. Se para dentro
del pecho el corazón, al presentirte
al través del Olvido y de la Muerte,

y enmudece mi voz porque no encuentro
ni una sola palabra que decirte...
¡ Tan honda es la emoción que siento al verte !

XIII

En el gris otoñal de la avenida
se esfuma la ilusión de tu silueta,
con un temblor difuso de violeta
en un sueño de amor desvanecida.

Sobre algún banco me quedé sin vida
bajo un negro ciprés, en la glorieta
donde todo dolor duerme y se aquieta
y hasta el recuerdo más tenaz se olvida.

¡Sigo tus pasos, cual tu propia sombra,
y en vano el labio tímido te nombra,
quimérica ilusión de mis antojos!...

¡Te llevo concentrada en mi deseo,
y sé que nunca me veré en tus ojos
aunque en mis ojos sin cesar te veo!

XIV

Igual que un pobre que tan sólo cuenta
con una humilde casa en esta vida,
y de pronto su casa ve invadida
por la corriente lóbrega y violenta;

y al pasar el furor de la tormenta
y volver a su cauce la avenida,
encuentra su morada destruída,
y en sus escombros a llorar se sienta,

mi alma, curvado sobre el pecho el cuello,
sollozante y mesándose el cabello
entre las ruinas del pasado yerra...

—¿Es posible, Señor—grita mi espanto—
que aquellos labios que besara tanto
se haya comido sin piedad la tierra?

XV

Su vida era un ensueño de armonía.
La sombra de mi amor, como una esclava
tras ella, sonriente, caminaba,
y el oro de sus pasos recogía.

Sólo su corazón se entristecía
cuando mi corazón se acongojaba,
y era porque al unísono rimaba
el alma suya en el alma mía!

Se hicieron sus sonrisas inmortales
para asomarse a todos los umbrales
donde solloza el infortunio humano

y levantar las frentes abatidas,
y fué creada su divina mano
para abrir sueños y cerrar heridas!

XVI

Con lenta timidez, sin hacer ruido,
envuelta en un sudario astral de luna,
llegas hasta mi alcoba como una
sombra desenterrada del olvido.

Todo se ve confuso, como hundido
bajo el agua espectral de una laguna...
Y entre tu larga cabellera bruna
va despertando tu perfil dormido.

Viertes un vago encanto indefinible,
y cuando el labio tu dulzura nombra
fulguras en mis noches de poeta,

cual si una mano angélica, invisible,
trazara con un fósforo en la sombra
la blancura inmortal de tu silueta!

XVII

La media luna es una hoz que siega
áureas estrellas sobre el claro y frío
cristal de plata del sonoro río
que espeja el verde ensueño de la vega.

Un resplandor astral mi vista ciega,
y, húmedos los cabellos de rocío,
como una sombra, a tu sillón vacío
para mirarme, tu recuerdo llega.

Tu presencia en mis párpados derrama
el vago ensueño de lo que no existe...
Y a veces te contemplo, mientras duermo,

sentada en tu sillón, junto a mi cama,
como una joven madre muda y triste
velando el sueño de algún hijo enfermo!

XVIII

Mi vida es el silencio de una espera...
Se escapa de mis ojos la mirada,
ansiendo contemplar la sombra amada
que en otros tiempos a mi lado viera.

La mano palpa, cual si presintiera
negrear en la atmósfera callada
la seda tibia de su destrenzada,
profusa y olorosa cabellera.

Mi oído de impaciencia se estremece;
un olor a algo suyo el viento exhala...
—¿Estás ya aquí?—le digo... Y me parece

que *aquí estoy*, dukemente, me contesta
aquella voz que pasa, como un ala
rozando fugitiva la floresta!

XIX

La paz suave de tu nombre, Elisa,
no sé qué piedad mística contiene,
que eternamente hasta mis labios viene
a perfumar de ensueños mi sonrisa.

Mano de paz que mi cabello alisa
y beso interminable... A la par tiene
la claridad celeste de Selene
y el frescor fugitivo de la brisa.

En cinco letras su dulzura encierra
la más piadosa música que he oído...
No temas que contigo, bajo tierra,

también tu nombre terrenal sucumba...
Mi amor sabrá librarlo del Olvido,
y le dará la eternidad por tumba !

XX

En tanto que haya 'Amor y deje el día
en cada pecho una inquietud secreta,
mientras tenga perfumes la violeta,
no morirá tu nombre, muerta mía!

Y quizás una reina, en su agonía,
envidiando tu suerte, dirá inquieta:
—¡ Oh, quien fuese la amada del poeta
para vivir eterna en su poesía!

Romper no puede el tiempo nuestros lazos...
Si te arrancó la muerte de mis brazos,
mi amor te arrancará de brazos de ella,

para que unida a él, eternamente,
mientras en el azul quede una estrella,
vivas en la memoria de la gente!

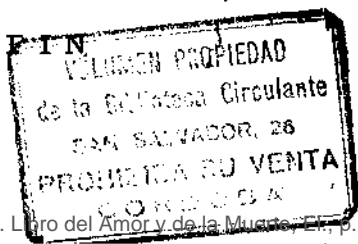
XXI

Este libro es un ramo de azucenas
que un ángel en los cielos ha cogido
para librar tu nombre del olvido
en la memoria de las almas buenas.

En estrofas trocáronse mis penas;
todo, verso por verso, lo he vivido,
y sentiréis en él hasta el latido
de la sangre que corre por mis venas.

Lo improvisé llorando y recordando:
es el dolor de toda una existencia;
son gemidos profundos y dispersos....

Y a medida que más vayáis amando,
iréis sintiendo con mayor violencia
la amargura infinita de estos versos!



BIBLIOTECA SOPENA

TOMOS PUBLICADOS

- 1.—**La Gloria de don Ramiro**, por Enrique Larreta.
- 2.—**La Ginesa**, por Carlos María Ocantos.
- 3.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 1.^o), por Mateo Alemán.
- 4.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 2.^o).
- 5.—**El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 6.—**Novelas Ejemplares** (tomo 1.^o), por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 7.—**Novelas Ejemplares** (tomo 2.^o).
- 8.—**La Galatea**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 9.—**Los Trabajos de Persiles y Sigismunda**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 10.—**La Caravana**, por Eduardo Marquina.
- 11.—**León Zaldívar**, por Carlos María Ocantos.
- 12.—**El Quijote Apócrifo**, por Alonso Fernández de Avellaneda.
- 13.—**Como un sueño**, por A. G. Barrili.
- 14.—**Los Lobos y el Cordero**, por J. S. Fletcher.
- 15.—**Historia de la vida del buscón llamado don Pablos**, por Francisco de Quevedo y Villegas.

- 16.—**Misericordia!**, por M. Martínez Barrio-nuevo.
- 17.—**Eros**, por Juan Verga.
- 18.—**Floración**, por Rafael López de Haro.
- 19.—**La Juventud de Aurelio Zaldívar**, por A. Hernández Catá.
- 20.—**Las espontáneas**, por Manuel Ugarte.
- 21.—**La Novela del Honor**, por Rafael López de Haro.
- 22.—**El Alcázar de las Perlas**, por Francisco Villaespesa.
- 23.—**Entre todas las mujeres**, por Rafael López de Haro.
- 24.—**Novela Erótica**, por A. Hernández Catá
- 25.—**El lacayo**, por Eduardo Zamacois.
- 26.—**Quillito**, por Carlos María Ocantos.
- 27.—**Beso de Oro**, por Eduardo Marquina.
- 28.—**Entre dos Luces**, por Carlos María Ocantos.
- 29.—**Bestezuela de amor**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 30.—**El Olmo y la Yedra**, por A. G. Barrili.
- 31.—**El Libro del Amor y de la Muerte**, por Francisco Villaespesa.
- 32.—**El Candidato**, por Carlos María Ocantos
- 33.—**Sobre el abismo**, por Eduardo Zamacois.
- 34.—**La imposible**, por Rafael López de Haro
- 35.—**María Magdalena**, por Vargas Vila.
- 36.—**La Pícarra Justina**.
- 37.—**Al borde del pecado**, por Alvaro Retana.
- 38.—**El Sátiro Priapo y la Diosa Hebe**, por Serafín Puertas.

- 39.—**Fuegos fátuos**, por A. Hernández Catá.
- 40.—**El Diablo Cojuelo**, por Luis Vélez de Guevara.
- 41.—**Tobi**, por Carlos María Ocantos.
- 42.—**Aben-Humeya**, por Francisco Villaespesa.
- 43.—**Los sueños**, por Francisco de Quevedo y Villegas.
- 44.—**Punto-Negro**, por Eduardo Zamacois.
- 45.—**Pelayo González**, por A. Hernández Catá.
- 46.—**El Tesoro de Golconda**, por A. G. Barrili.
- 47.—**Promisión**, por Carlos María Ocantos.
- 48.—**El Salto de la Novia**, por R. López de Haro.
- 49.—**Memorias de una Cortesana** (tomo 1.º), por Eduardo Zamacois.
- 50.—**Memorias de una Cortesana** (t. 2.º).
- 51.—**El último Contrabandista**, por Carmen de Burgos.
- 52.—**Collar de Perlas**.
- 53.—**Siempre viva**, por A. Martínez Olmedilla.
- 54.—**El Maestrante**, por A. Palacio Valdés.
- 55.—**A flor de piel**, por Antonio de Hoyos y Vincent.
- 56.—**La noche del sábado**.—**Lo Cursi**, por Jacinto Benavente.
- 57.—**El Seductor**, por Eduardo Zamacois.
- 58.—**La procesión de los días**, por W. Fernández-Flórez.
- 59.—**La hermana San Sulpicio**, por A. Palacio Valdés.

- 60.—**Siervo y tirano**, por A. Martínez Olmedilla.
- 61.—**Las sensaciones de Julia**, por Rafael López de Haro.
- 62.—**Loca de amor**, por Eduardo Zamacois.
- 63.—**La Celestina**, por Fernando de Rojas.
- 64.—**Duelo a muerte**, por Eduardo Zamacois.
- 65.—**Frivolidad**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 66.—**La enferma**, por Eduardo Zamacois.
- 67.—**Sirena**, por Rafael López de Haro.
- 68.—**Tik-Nay**, por Eduardo Zamacois.
- 69.—**Los emigrantes**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 70.—**Incesto**, por Eduardo Zamacois.
- 71.—**Doña Isabel de Godínez**, por Vásquez Yepes.
- 72.—**Amar a obscuras**, por Eduardo Zamacois.
- 73.—**Las perversas**, por Augusto Martínez Olmedilla.
- 74.—**Misia Jeromita**, por C. María Ocantos.
- 75.—**Noche de bodas**, por Eduardo Zamacois.
- 76.—**Mors in vita**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 77.—**De carne y hueso**, por Eduardo Zamacois.
- 78.—**Antología de poetas americanos**.
- 79.—**La sugestión de América**, por José Costa Figueiras.
- 80.—**Las fraguas de la fortuna**, por José Costa Figueiras.
- 81.—**La vejez de Heliogábalo**, por Antonio de Hoyos y Vinent.
- 82.—**Dominadoras**, por R. López de Haro.

